

ERA FINAL

PETER KAPRA

PETER KAPRA

ERA FINAL

Ediciones TORAY

Arnaldo de Oms, 51-53
BARCELONA

Dr. Julián Álvarez, 151
BUENOS AIRES

Portada: S. FABÁ

Depósito Legal: B. 20298-1971

Printed in Spain - Impreso en España

Impreso en Gráficas Tricolor - Eduardo Tubau, 20 - Barcelona

CAPÍTULO PRIMERO

Frondosos y verdes bosques, ríos artificiales, lagos, pequeños mares de agua verdeazulada, cúspides nevadas, blancas e impolutas, sólo alteradas por las torres metálicas de la energía eléctrica o por las cintas de concreto pulimentado, por donde solían deslizarse los automóviles con motor «Scheller».

Aquello era el idílico paisaje lunar, en el siglo XXX-IV.

A mil doscientos kilómetros de la megápolis de Nectaris, en el corazón de los Montes Altái, hemisferio sur de la Luna, en la terraza giratoria de una caprichosa mansión, un hombre contemplaba las estrellas del firmamento, visibles a plena luz del día, pese a la atmósfera de veinte kilómetros de altura con que había sido envuelto el satélite de la vieja Tierra.

Aquel hombre, de treinta y seis años terrestres, podía estar orgulloso de sí mismo, de su apellido, de su fuerza y poder, de todo cuanto era, representaba y significaba.

Era un auténtico magnate, un superhombre, un monarca del comercio y de las finanzas, y su nombre estaba unido a casi todas las industrias y empresas realizadas por el hombre del siglo XXX-IV.

Frank Scheller, El Segundo.

Nadie, entre seis mil millones de seres humanos, sabía el lugar dónde aquel individuo se refugiaba para huir de sus semejantes, de su mundo mecanizado y automatizado. Ni siquiera sus más allegados colaboradores, ni Patty Palmer, la hermosa, dinámica y ejemplar secretaria del poderoso Scheller, sabían cuál era el refugio del «Amo».

El hombre, bajo cuyo control económico se movían nueve planetas, se ocultaba en la Luna, en un lugar inaccesible e inhóspito, pues la soledad era vida para él.

La mansión de Scheller, exteriormente, tenía el aspecto de una roca irregular, deforme; era una construcción difícil de reconocer desde el aire. Sólo podía verla el que llegase hasta ella, cosa nada probable, dada la región en que se hallaba. Los turistas — controlados también por la organización «Intermundi», propiedad de Scheller — jamás se aproximarían a los Montes Altái. Las famosas rutas de recreo y diversión pasaban muy lejos.

Frank Scheller había sabido elegir bien su refugio. ¿Y qué podía faltarle dentro de él? Nada. Desde las más bellas obras de arte de todos los tiempos, hasta el recreo más insignificante o el capricho más insólito, Scheller lo tenía todo a su alrededor, al alcance de la mano o en el lugar que sus circuitos electrónicos se lo pusieran.

Lo material estaba todo allí. Scheller era el hombre más rico del Sistema Solar... ¡De toda la Galaxia, posiblemente! Y se encontraba solo, abrumado por dudas, desconcertado, ausente, mirando al cielo, a la espera de algo que tenía que llegar a las inmediaciones de su soledad.

Frank Scheller esperaba a un hombre, a quien conoció en una isla de coral,

allá en la Tierra, cuyo disco azul y familiar podía contemplar, suspendido en el cielo inmenso, tachonado de estrellas y lejanos mundos.

Frank se encontró con Laske Kwoka diez años atrás, en la isla de Surf, a donde llegó en una embarcación anfibia de potentes motores. Fue una sorpresa para él hallar al rubio y desconcertante Kwoka, un auténtico filósofo de veintidós años. Bien era cierto que en aquella época insensata, la edad no hacía al hombre.

Laske Kwoka había buscado la casi desconocida isla de Surf para encontrar la paz completa, la calma espiritual, su verdad y su destino. Frank Scheller, el mayor magnate del mundo, quebró la paz de Kwoka, pero también alteró su equilibrio moral.

Desde aquel encuentro entre el hombre más rico del Sistema Planeta y, posiblemente, el más pobre, Scheller no había dejado de pensar en las palabras del otro.

«— Estamos en la Era Final, hermano poderoso. El final se acerca. La corrupción es total, la maldad ha superado en mucho a la de los siglos anteriores; los pocos seres que logran nacer y los menos que llegan a poseer inteligencia son perversos. Se roba, se mata, se miente, se traiciona incluso por un hálito de aire, por una brizna de hierba, por unas gotas de agua.

Laske Kwoka había dicho también, tristemente:

«— Y ni siquiera nos queda el consuelo de esperar otra llegada del Redentor.

«—¿Qué Redentor? — había preguntado Frank Scheller.

— ¡El hombre ha olvidado hasta el nombre de Dios! ¡Pobres de nosotros!

Frank Scheller había buscado refugio en su vivienda de los Montes Altái. Antes de emprender aquel viaje secreto, ordenó a Patty Palmer que localizase a Laske y le entregase un mensaje suyo. Y el magnate grabó en una placa ultrasónica las palabras que sólo su amigo de la isla Surf podía leer.

Ahora le estaba esperando. No tardaría en llegar. Posiblemente, con él vendría la paz y la calma que tanto necesitaba.

Hacía siete días que el individuo capaz de conseguirlo todo esperaba impacientemente. Siete días terrestres — medida universal de tiempo — de incertidumbre, inquietud y zozobra. Siete días de angustia que parecían interminables.

— ¿Dónde estás, Laske Kwoka? — preguntó Frank Scheller, El Segundo —. ¿Por qué no vienes?

* * *

Al octavo día, la nave descendió, sin ruido, cerca de donde el magnate tenía su refugio. Era un aparato de forma lenticular, de cinco metros de diámetro, plateado, sistema «todo-ala», accionado por un motor de hidrógeno «deuterio» y con capacidad para cuatro personas.

Un detector advirtió a Scheller, quien salió rápidamente a la terraza.

— ¡Al fin! ¡Laske Kwoka!

Pero el hombre más poderoso de la Galaxia quedó decepcionado al abrirse la escotilla y ver aparecer a una muchacha de largas piernas, ataviada únicamente con un «slip» rosa y un sujetador, de unos pocos centímetros de ancho.

La joven, no mayor de veinte años, era esbelta, armoniosamente perfecta, de cabellera larga y dorada, ojos grandes, y poseía la agilidad de una cabra montesa.

— Hola, Frank — saludó ella, agitando la mano hacia la solitaria figura de la terraza giratoria.

Detrás de la joven, el rubio y barbudo Laske Kwoka bajó de la nave también. Tomó a la mujer de la mano y, juntos, alegremente, fueron al encuentro del archimillonario solitario.

Éste también descendió por una rampa, para salir al encuentro de sus huéspedes.

— Te esperaba a ti solo, Laske.

— Lo siento, Frank... Ella es mi esposa, Blangy Matiara. Vamos siempre juntos.

— ¿Tu esposa? ¿Te has casado? ¿Cuándo?

— Hace un año. Y no podía dejarla sola. ¿Cómo diste conmigo?

Los dos hombres se detuvieron uno frente a otro.

El recién llegado miraba al magnate; éste observaba a Blangy: a su maravilloso cuerpo, recreándose en su piel satinada, en el admirable contorno de su delicado vientre y en sus fascinantes caderas.

— Éste es Frank Scheller, Blangy.

— ¡Frank Scheller! — exclamó ella con admiración, sonriendo y mostrando la blancura de sus nacarados y perfectos dientes —. ¡Ansiaba conocerte, amigo mío!

La mano de la joven estrechó la de Frank.

— Eres sorprendente, Laske... ¡Increíblemente espectacular! ¿Cómo iba yo a suponer que te habías casado con esta... maravilla?

— Gracias, Frank — dijo Blangy—. Eres muy galante.

— Tu mensaje me llegó en el templo budista abandonado del lago Kyanin, Tíbet. Allí estábamos Blangy y yo evocando el pasado. ¿Cómo se las ingenian tus agentes?

— Patty posee el control de «Intermundi». No hay quien viaje sin que lo sepamos.

— Yo siempre viajo por mis propios medios — observó Laske dignamente—. Más no importa. Recibí tu encargo, pedí esta nave y aquí me tienes.

— Entremos en la casa. Ya sabes que tenía necesidad de verte... De haber sabido que Blangy... ¡Bueno, claro; te habría llamado mucho antes! ¿Por qué no me dijiste que te habías casado?

El ascético semblante de Laske se contrajo con una sonrisa misteriosa.

— Me siento orgulloso de tu amistad, hermano poderoso. Pero yo jamás

llamaría a tu puerta. Eres la tentación viviente. Quiero mi pobreza, mi libertad, mi ausencia. Yo vivo mi humildad, y tú, tu grandeza.

— Te he llamado para pedirte consejo. Pero no deseo sermones, Laske — replicó Scheller, que se apartaba para dejar pasar a Blangy delante de él—. Ahora, en presencia de ella, me será más difícil hablarte.

— Parece que te ha impresionado Blangy, ¿eh? — preguntó el asceta.

— ¡Mucho, lo confieso! Al verla, de pronto, sufrí una decepción. Te esperaba solo. Ahora... ¡me alegro que haya venido! Ignoraba que existieran mujeres así.

— ¡Blangy es más bella por dentro que por fuera! Es mi esposa ante Dios, porque desenterré un viejo rito matrimonial, para unirnos en el presente y en lo futuro.

»Sin embargo, Frank, existe el pecado. Tú eres pecado puro, materia deleznable y abyecta, riqueza, poder, deseo, lascivia, carne y oro. Si ella me fuese infiel, yo abatiría la cabeza, acatando el designio de Dios, pero no doblegaría mi alma jamás.

— ¿Qué supones, Laske?—preguntó Scheller, irritado —Llévatela de aquí. No la he invitado a ella, sino a ti. Vuélvete al Tíbet, déjala allí, y luego hablaremos.

— No me has comprendido, hermano poderoso. Me has llamado y mi deber era venir. Ella está conmigo en cuerpo y alma. Pero sé que es de carne y conozco el mundo donde vivo. Tú eres el más grande; ella la más bella y yo, el más pequeño.

— ¡Por favor, Laske; déjate de metáforas! Entra. Éste es mi refugio. Sólo tú, ella y yo sabemos que esto existe.

* * *

Por fuera era una roca informe, irregular y desigual. Por dentro, era el más impresionante palacio del siglo XXX-IV. Se trataba de una construcción esmerada, electrónico en todos sus funcionamientos, con paneles deslizantes, pisos transparentes, piscinas de aguas multicolores, donde nadaban hermosos peces, muebles transmutables, de cristal, oro y cobalto, con cuadros tridimensionales, estatuas de «pulsación viviente», sillones de las más caras telas de sedas venusianas, alfombras de espuma y aire, y todo creado por los más selectos y cotizados artistas de la época.

Laske Kwoka jamás vio nada igual, pese a su humildad y pobreza. Pero el todopoderoso Scheller tampoco había visto nada mejor. De lo contrario, lo tendría él allí.

Decir que el refugio de Scheller en los Montes Altái había costado millones de créditos bancarios era quedarse corto. Había costado mucho más. Los ingenieros que lo construyeron habían muerto. Fue su último trabajo. Así fue contratado: sus esposas y descendientes, hasta la tercera generación, vivirían de una renta generosa, concedida por Scheller. Ellos debían morir, porque nadie podía conocer el emplazamiento del lugar. Después terminada la

obra, los seis ingenieros se sometieron a la desintegración, conscientes de haber asegurado la existencia de su familia y descendientes.

Los obreros que trabajaron allí no tuvieron tanta suerte. Fueron sepultados a un kilómetro del refugio Scheller. Su única recompensa fue haber vivido unos años en aquel lugar, como nadie habría podido vivir en las mejores condiciones de la Tierra, y tres años allí compensaban toda una vida.

Naturalmente, Frank Scheller ignoraba todo esto. Él pidió un refugio aislado y secreto y sus altos ejecutivos se lo proporcionaron. El secreto de su emplazamiento era totalmente conservado.

Ni siquiera Patty Palmer lo conocía. Y la secretaria de Scheller sabía cosas capaces de cambiar de posición los continentes o despoblar por completo la Luna.

Blangy, mujer, después de todo, se extasió en aquella maravillosa obra.

— ¡Oh, Laske, esto es inimitable!

— Es riqueza, Blangy. Mi hermano rico puede tenerlo. Él es todo poder. ¿Hay alguna fuerte de riqueza en nuestros mundos donde los intereses de Scheller no estén metidos? ¿Quién nombra los gobiernos y los altos magnates, sino él?

— Perdona, Laske; yo no — dijo Scheller—. Lo hacen mis subalternos y empleados.

— Es lo mismo, porque tú puedes quitarlos y ponerlos a ellos. El poder eres tú... Por ti se mueve el mundo... ¡Ah, esto es tormento para mi sensibilidad! —'exclamó Laske, dejándose caer en un asiento de espuma de aire y hundiéndose blandamente—. ¿Qué néctar vas a ofrecerme ahora?

— ¿Quieres probar «glossor»? — preguntó Scheller, sonriendo.

— ¿Qué es?

— Una esencia extraordinaria. Se supone que una nave tripulada con cien hombres viaja hasta el misterioso Plutón durante doce años, para traer unos centímetros cúbicos de esa esencia. Desconozco la técnica que se emplea, para que no reciba radiaciones solares. Pero el «glossor» sólo lo han probado muy pocas personas... Excepto yo, todas las demás han muerto ya.

— No quiero probar el «glossor» — dijo Laske —. Tendría la sensación de estar bebiendo sangre. ¿Tienes vino?

— Sí, un vino que cuenta más de cinco mil años. ¿Cómo lo han conservado? ¡Ni lo sé! Pero me han garantizado su pureza y vejez. — Diciendo esto, Scheller hizo un gesto sobre una pantalla reluciente, y el magnetismo hizo abrirse una especie de flor multidimensional de vivos y maravillosos colores, en cuyo cetro había cuatro singulares botellas de vidrio, con etiquetas de papel—. ¿Has visto nada igual, amiga mía?

Blangy se maravilló de aquel objeto. Incluso se acercó y su satinado cuerpo se movió en torno al bar, acariciándolo.

— ¿Qué es?

— Cristal cálido, traído de Mercurio. Hay infinidad de variedades distintas. La luz solar, al incidir sobre él, le hace cambiar de color.

— Te dije que Frank te maravillaría, Blangy — Laske habló desde su mullido asiento —. Es el único hombre capaz de obtenerlo todo.

El aludido no respondió. Tomó tres vasos y escanció en ellos parte del contenido de una botella. Sirvió primero a Blangy y luego a Laske.

— ¡Oh, qué estupendo! —chilló la joven.

Scheller y Laske sonrieron.

— Es como una niña. Hay mucha pureza en su alma.

— ¿Dónde la encontraste?

— Un buen hombre la había guardado para mí. Vivía en un lugar de las selvas de Finlandia, en aquel maligno lugar donde lucharon las democracias y los nacionalismos del siglo XXI. No sé por qué, después de mil quinientos años, todavía teme la gente las radiaciones termonucleares.

»El padre de Blangy se refugió en aquel lugar. Allí vivían los dos solos. Yo la vi correr por un calvero, la seguí y su padre me la dio.

— Mi padre es un místico — habló Blangy.

— Como yo... Jede Matiara era un obrero que fue despedido, posiblemente de alguna de tus factorías. En su arrebato, mató a su mujer. Quería matar también a Blangy y luego arrojarse desde cien pisos de altura.

— Igual que le ocurrió a Abraham, la mano de Dios contuvo a mi padre —Blangy habló en tono triste—. Luego, me abrazó y huyó, yendo a refugiarse en aquellas milenarias selvas.

Frank Scheller miraba a Blangy con ojos entornados, sosteniendo el vaso de vino en la mano. Ella se había sentado en otra butaca de gomaespuma, y yacía, echada hacia atrás, mostrando su escultural figura.

Frank Scheller sintió perfectamente el deseo. Algo que no le ocurría desde hacía años, apurados todos los placeres, se despertaba en él con una fuerza... ¡Era como si la virtud estuviese tentando al demonio para redimirle del mal!

Al otro lado, también con los ojos entornados, Laske Kwoka adivinaba el trastorno que su mujer provocaba en Scheller. Sonrió por fuera y se entristeció por dentro.

Y tuvo una visión extraordinaria. Imaginó que Dios le arrebataba a Blangy para dársela al hombre que todo lo tenía en este mundo. Y con ello se purificaba su espíritu.

Scheller era como una gran serpiente, con cabeza de león, que envolvía el planeta. Blangy estaba aprisionada en una montaña de rocas azules, succionada por un inmenso monstruo negro, de ojos verdes y rojizos — como los de Jede Matiara, al iluminarlos el fuego de la casa de troncos—, y, surgiendo del azul del cielo, aparecía él, gritando:

«—¿Qué quieres de mí, Frank Scheller, El Segundo? ¿Para qué me has llamado?

— Estaba angustiado. Hace años que pienso en lo que hablamos en la pequeña isla de Surf. Y necesitaba verte... ¡Tengo muchas inquietudes, estoy desconcertado! Necesito confiarte mis temores... Quiero que me hables de Dios.

— Lo suponía. Nadie puede hablarte de Dios a cambio de dinero. Ya no se acuerdan de Él ni los historiadores... ¡Ya no hay historia, ni pasado, ni nada, excepto vino de más de cinco mil años!

CAPÍTULO II

— Me rebela ser lo que soy y debérselo a mi padre — habló Frank —. Él lo hizo todo. El mundo le facilitó los medios. Él moldeó el mundo. ¿Sabes lo que reunió? No se puede contar en cifras. Antes de mi padre, la riqueza la habían acaparado seis personas, o seis familias.

»Frank Scheller, El Primero, las arruinó a todas. Podía más que todas ellas.

— Eso podría ser un símbolo, Frank — Laske habló suavemente.

— ¿Qué clase de símbolo?

— Al no haber nadie más poderoso que tu padre, al haber conquistado el máximo en todo, puede empezar la decadencia, la desmembración, que la clase social sufre hace siglos.

— Yo conozco el mundo, Laske. Me he confundido entre la gente. He viajado, vivido, visto y oído. Incluso me he mezclado, en Raber, con los más necesitados. He presenciado asesinatos por una pequeña sardina. Vi matarse dos hombres por una píldora de carne y luego morir una mujer, porque la píldora en discordia estaba en malas condiciones. ¿Sabías que un comprimido de proteínas puede convertirse en un activísimo veneno?

»Ver morir rabiando de dolor a una mujer, lanzando blasfemias espantosas contra mí, es algo fuerte. Yo pude hacer un gesto y aquella mujer hubiera pasado de la agonía a la vida. Y estaba seguro de que si lo hubiese hecho, en vez de maldecirme, me habría bendecido.

— ¿Dónde está aquella mujer? — preguntó Laske en tono acusador.

—No creo que sus huesos llegasen al crematorio. Posiblemente, dejó tras sí un reguero de muertes. No se muere así sin consecuencias.

— El mundo se está acabando, Frank. Hay hambre, miseria, aberración y locura... ¡Y tú tienes la culpa!

— ¿Yo? ¿Qué puedo hacer yo?

— Dar de comer al hambriento — repuso Laske.

— ¿Alimentar seis mil millones de bocas? ¿Estás loco? ¡Eso sería mortal! ¿Para qué crees que pago una legión de economistas y científicos?

»Yo me he encontrado un mundo viejo, agonizante. Hay leyes de selección natural. ¿Crees que un hombre sabiamente preparado para la vida padece esas situaciones de que hablamos? ¡No, Laske; te lo puedo demostrar!

»Hay hombres que estudian y llegan a ser hombres dignos, conscientes. Ellos sí que tienen derecho a la existencia. Y viven decentemente, en condiciones dignas. Cumplen con un deber laboral, científico o técnico.

— Esos hombres también están en decadencia, Frank.

— No. Hans Rudder, uno de mis principales consejeros económicos, ha demostrado que el mundo creció excesivamente. Hace siglos, la ridícula sociedad de entonces impuso doctrinas sociales de lo más disparatado. Y todas fracasaron, terminando en grandes cataclismos humanos, en espantosas matanzas.

»Lo único que se perseguía era la emancipación personal, vivir sin esfuerzo a costa de los demás. Hubo siglos de capitalismo, siglos de democracia, de socialismo, de comunismo y hasta de liberalismo. ¿Qué ocurrió?

»¡Todo fracasó, todo fue arrinconado, todo sucumbió, entre ruinas! ¡Estallaron guerras atómicas, se arrasaron ciudades de millones de seres, se llegaron a secar hasta los mares, y unas docenas de miles de hombres y mujeres volvieron a la Prehistoria, a la nada prácticamente, y tuvieron que volver a empezar... Oligarquías, tiranías, dictaduras, democracias, locuras, y así hasta el infinito!

— La historia de nuestra raza parece maldita, lo confieso — dijo Laske—. Por eso digo que estamos en la Era Final. Ahora, la Humanidad se aniquilará sola. Declinamos definitivamente. Se nos probó, no se quiso escuchar la Verdad y ahora viene el castigo.

»Ya sabes que antiguamente una madre podía tener hasta veinte hijos. Nuestra herencia era fértil, pujante, ahora, el cincuenta por ciento son estériles y el otro cincuenta, si tienen un hijo, suelen perderlo antes de alcanzar la pubertad. Muy pocas familias acomodadas tienen hijos. La raza tiende a perecer.

»Las condiciones de vida en nuestras ciudades de la Tierra son extremadamente duras. La atmósfera está emponzoñada, el agua ha sufrido millones de filtraciones y ha envejecido, la tierra está casi podrida y da plantas raquíticas.

»¿Quién puede medio vivir? La clase media y la alta. Los empleados de tus factorías, los comerciantes, todos los que dependen del «Amo». La policía, el ejército, la ciencia, la técnica. Pero todo aquel que por herencia pobre nace débil termina por sucumbir.

»Y no es eso lo peor. La sociedad está formada por gentes sin ambiciones. Sólo se desea vivir, aferrarse a un empleo, a un cargo o puesto de trabajo que libere al hombre de caer en esa clase inferior condenada a muerte.

»Por desgracia, la muerte de nuestra raza es inevitable...

— Tengo informes confidenciales que afirman lo contrario — observó Scheller—. Por ejemplo, tú sabes que la Luna era hace siglos, quince exactamente, un planeta muerto. La ciencia logró repoblarla. Se hizo una repoblación forestal, se creó agua, primero artificial y luego natural, y este mundo disfruta ahora de una atmósfera limpia, purificada.

— Mil quinientos años han transformado a la Luna, Frank Scheller. Hay aquí unos cinco millones de habitantes, dispersos en media docena de ciudades modernas y limpias, que la técnica ha creado. ¿Para quién es?

» Vamos a los números, Frank. En Nectaris, por ejemplo, viven quinientas mil personas aproximadamente. Tienen bonitas casas, jardines, parques, distracciones, sana alimentación y pagas o retiros adecuados a cargos bien retribuidos.

»Aquí, en la Luna, viven personas cuyos ingresos oscilan entre los cien

mil y el millón de créditos. Gente acomodada, ahorradora, ordenada. Individuos a quienes la suerte ha mimado siempre y cuya capacidad les ha permitido obtener una renta crecida. Matrimonios sin hijos, en su mayor parte, o con un heredero.

«Tampoco aquí abundan los nacimientos, porque la raza es la misma. En la Tierra, el problema es más agudo, porque está más densamente poblada.

»Y en los demás planetas, las colinas terrestres sufren el mismo mal. La verdad es que nos estamos acabando.

— ¿Por qué? ¡Eso es lo que quiero saber!

— Porque todo envejece y todo muere. Y una raza no puede ser la excepción. Veamos el ejemplo. Tú eres miembro de esa raza. El más privilegiado, el más opulento. Heredaste de tu padre una gran fortuna y la has acrecentado. Podías estar satisfecho. Casi todo el mundo, casi todos los hombres, mujeres y niños, dependen de ti. Tu inmensa riqueza da trabajo y vida a tus semejantes.

»Y, sin embargo, sé que no puedes tener hijos. Lo has intentado. Al principio, te casaste cien veces. Has tenido miles de mujeres, amantes, concubinas, simples pasatiempos, con la inútil esperanza de hallar a la que pudiera darte un hijo. Todo fue inútil. Eres el último de tu estirpe. Llegará tu día y, luego ¿qué?

»Tus altos consejeros despedazarán tu fortuna. Volverán a surgir rivalidades, tal vez guerras y enconos, el ejército y la policía apoyarán a unos u otros, según interpreten la ley o la justicia, y todo volverá a como estaba antes de tu padre... ¡Pero no por eso se salvará la Humanidad!

— Tengo treinta y seis años, Laske. No he perdido la esperanza... Los médicos me han dicho que nada impide mi paternidad.

— No, Frank; desengáñate. El destino te ha llevado a la paternidad de todos los seres humanos. Eres como un monarca soberano. Tus hijos somos todos los demás, y tu deber es velar por ellos, sin discriminación. Y eso no lo haces.

— Hago todo lo que puedo. Pero sabes que no disponemos de alimentos para todos. Es preciso que desaparezcan la mitad... Tres mil millones de infelices deben morir, para que los demás intentemos seguir viviendo. Yo no he elegido la vida o la muerte de nadie. Es cada uno quien la decide. Se tiene que luchar desde que se nace hasta que se muere. Así me lo enseñaron en la escuela.

— Tus maestros estaban equivocados. La filosofía de Cohan-Malthus es falsa. Hay alimentos para todos en otros mundos. Fue el egoísmo lo que impidió que los hombres pudieran ir a establecerse a otros planetas fértiles.

»El hombre habría trabajado el suelo, con máquinas o con las manos, y habría ganado su sustento. Desgraciadamente, en los siglos XXII al XXV, eran muy pocos los que trabajaban para mantener a muchos. Se trastocaron los verdaderos factores naturales. La química sintética no podía sustituir a la química natural. Cuando se dieron cuenta, ya era tarde. El azote de los siglos

XXVII fue la revelación fatal. Y allí empezó la auténtica Era Final.

* * *

Blangy salió del baño, rutilante su piel de gotas de rocío. Su desnudez era virginal.

— Eres muy hermosa, Blangy — dijo Frank Scheller.

Tomó una toalla y se la tendió a la joven.

— ¿Te gusto, Frank?

— ¡Muchísimo!

Blangy sonrió con picardía.

— Laske se sentiría dichoso si pudiera darte un hijo.

Frank se acercó a ella y la tomó en sus brazos, atrayendo aquel hermoso cuerpo hacia sí. La frescura del baño le turbó. De la piel emanaba de la mujer el perfume exquisito de los raros perfumes vertidos en el agua.

— Laske me conservó pura — añadió ella con voz melosa—. Antes de irse a la soledad de los montes, me dijo que debía complacerte.

— Sí... Yo no comprendo a Laske... Tú eres su esposa...

— Él es un santo, Frank. No puedo comprenderle.

— Yo tampoco... ¡Ven conmigo!

Frank Scheller la tomó de la mano, para que saliera del baño. Luego la condujo a una sala contigua, donde había un amplio lecho de espuma de aire. La toalla quedó en el suelo, detrás de Blangy.

El hombre acarició aquel cuerpo núbil, mientras se besaban apasionadamente, uno en brazos del otro, unidos estrechamente.

* * *

No lejos de la oculta mansión, arrodillado y con la frente en el suelo, Laske Kwoka rezaba y lloraba. Él también amaba a Blangy. Era su esposa, pero había renunciado a ella por la salvación del mundo y de los hombres.

— Señor — estaba diciendo el asceta—, haz que Blangy fecunde. Yo no significo nada. Puedes tocarme con tu rayo divino y matarme. Pero Frank tiene poder para salvar el mundo.

»Dale un hijo varón. Frank Scheller, El Tercero, llevará su sangre y su espíritu. Heredará su poder gigantesco y hará que termine, de una vez para siempre, la angustia de los hombres. Si ha de ser la Era Final, que sea feliz y dulce, para que una raza poderosa, como fue la nuestra, termine volviendo sus ojos hacia Ti, te adore y te dé gracias.

»Señor, Tú hiciste el universo y las cosas. Tú hiciste los animales y los hombres. Tú sabías el origen y el final de nuestros antepasados y de nuestros hijos, y sabías que, lentamente, estos dejarían de nacer. No es un fin brusco y definitivo, porque Tú no haces las cosas así. Nos vamos consumiendo poco a poco, sin prisa, pero sin remedio.

»Dentro de algunos siglos, nuestros mundos quedarán despoblados. La

savia que Tú nos diste se habrá extinguido del todo y si ahora, que aún estamos a tiempo, alguien no enseña a los hombres el camino de tu Sagrada Verdad, la raza se habrá condenado, porque Tu Divina paciencia se habrá colmado.

»Señor, sacrifícame, humíllame, pero haz que mi hermano poderoso logre lo que tanto anhela. Yo no importo. No peco por orgullo, ni por bajeza, porque Tú conoces todas las verdades del hombre.

»Blangy es hermosa, joven, atractiva, y él la ama. ¿Qué importo yo, si mi sacrificio redime a tres mil millones de seres inocentes a los que él puede salvar?

»No soy más que tu siervo, Señor. He rezado muchos años para que surgiera la luz en mi mente. Tus designios son inescrutables y yo no podía comprenderlos. Pero ahora he sentido la verdad y la he comprendido.

»Quiero a Blangy con toda mi alma, pero más te quiero a ti, Señor, que eres la Vida y el Perdón. Escúchame, Dios mío... ¡Apiádate de mí! ¡Apiádate de todos nosotros, que no somos merecedores de tu gracia!

* * *

— ¿Qué es lo que quieres, Laske? — preguntó Frank Scheller.

— La mitad de tu fortuna.

— De acuerdo. Tuya es. ¿Qué piensas hacer con ella?

— Labraré campos, donde brotará el trigo; lagos donde crecerán los peces, colonizaré planetas próximos y lejanos, y daré alimentos a la humanidad condenada— dijo aquella especie de asceta iluminado.

— ¿Y después?

— Esperaré mi fin con el corazón feliz, Frank. Habré hecho por mis semejantes lo que Dios me inspiró un día.

Blangy Matiara permanecía silenciosa, cabizbaja, sentada sobre sus piernas, en otro sillón, algo apartada de los dos hombres. Sus hermosos ojos verdes sólo miraban a Frank, cuya cabeza poderosa le fascinaba.

Cuando se atrevía a mirar a Laske, veía en él a un pobre hombre, delgado y barbudo, de ojos azules y tristes. Había aprendido mucho de él en el poco tiempo que llevaban juntos. Pero mucho más había aprendido de Frank Scheller, en mucho menos tiempo. Había aprendido a ser mujer. Sintió el amor, el deseo y el poder.

¡Frank Scheller se lo había prometido todo!

A cambio, sólo tenía que darle un hijo. Y ella creía poder dárselo. Su naturaleza era pujante. Vivió siempre con su padre en los bosques. Era fuerte, ágil y jamás sufrió ninguna enfermedad.

»— ¡Te daré lo que tanto anhelas, mi bien! —le había dicho ella entre besos y caricias.

Pero Laske Kwoka también había obtenido mucho. Y Blangy sentía celos y compadecía al asceta.

— Yo me quedaré aquí con Blangy. Tú volverás a la Tierra. Irás a

Scheller City y hablarás con Patty Palmer. Te daré una contraseña y a ella le enviaré instrucciones. No debes decir a nadie dónde estoy. Patty puede hablar conmigo por videófono. Además, sabe quién eres.

Comieron juntos los tres. Máquinas de cocinar les sirvieron los más refinados platos de alimentos naturales, de los que Laske apenas si probó unas cucharadas. Parecía febril y excitado.

Luego, pasaron a un salón, donde tomaron unas bebidas. Luego Frank se retiró a su despacho privado, a redactar las instrucciones que debía entregar a Laske.

Éste y Blangy quedaron solos.

— No me has mirado a los ojos ni una sola vez, Blangy. ¿Me odias? — preguntó Laske.

— No, no puedo hacerlo.

— ¿Qué te ocurre, pues?

— Él no es como tú, Laske. Yo me casé contigo, en presencia de mi padre. Pero él me ha dado amor; tú sólo me diste consejos.

— Lo siento, Blangy Matiara. No podía darte nada más. Ahora, he tenido que renunciar a ti porque Dios lo ha querido así. Hay tres mil millones de seres en el mundo que me esperan. Muchos morirán antes de que pueda salvar sus almas. Pero muchísimos más pueden ser salvados... ¿Qué importa si yo pierdo mi alma por faltar a mi deber de esposo?

»Nadie, en la historia, me comprendería. Yo te recibí pura y así te entrego a ese hombre. Él representa el mayor poder de nuestros mundos y anhela un heredero que tú puedes darle. Nuestro matrimonio ya no existe, pues. Eres suya y nos separamos.

»Pero el poder que me otorga también es muy grande y creo que es ése el designio del Supremo Hacedor. Su continuidad terrenal a cambio de la vida para billones de seres desvalidos. ¿Quién puede reprocharme algo? ¿Tú?

— No, Laske; yo no te reprocho nada. Mi padre me entregó a ti, y tú me entregas a él. Le seré fiel, como te he sido a ti.

— Gracias, Blangy. Dios te lo premiará con verdadero amor. Yo rezaré para que fructifiquen mis campos y en tu seno germine la vida que él anhela.

Dicho esto, Laske abandonó el salón y salió a la terraza giratoria. Allí, de rodillas, contempló el disco terrestre, azul y grande, como esfera de vida suspendida en el firmamento, y rezó para que todo saliera según sus más caros deseos.

Allí le encontraron, una hora después, Frank y Blangy.

— Aquí tienes el poder que deseas, Laske. Toma la nave y regresa a la Tierra. Patty Palmer te recibirá en cuanto llegues. Yo no sé a cuánto asciende mi fortuna, ni creo que ella lo sepa tampoco. Pero la mitad es tuya. Pueden ser más de cien mil billones de créditos. ¿Tendrás suficiente?

— Sí, Frank; creo que sí.

— He insertado una cláusula en el contrata El poder económico que recibes no podrá ser empleado contra mí. Nada de lo que hagas puede

perjudicar mis intereses. ¿Me comprendes? Sólo puedes hacer uso de esa riqueza para ayudar a la mitad de la población humana que sufre miseria. Puedes construir fábricas de alimentos, dar trabajo a esa humanidad, adquirir tierras para sembrados, factorías de utensilios, y todo lo que ayude a lograr tus fines.

»Pero nunca podrás utilizar la fuerza que te doy contra mí. Si lo hicieras, la policía y el ejército te atacaría y tú y los tuyos seríais eliminados totalmente.

— Yo no quiero fuerza para cambiar el destino del mundo, Frank Scheller. Quiero pan para saciar el hambre y agua para mitigar la sed. Pero resucitaré la fe en Dios y predicaré a los pobres y a los ricos. Mi poder espiritual se extenderá a toda la raza humana... Mientras que mi poder material quedará reducido únicamente a los que necesitan comer para vivir.

— De acuerdo. Ve, pues, y que Dios te acompañe — contestó Frank.

Se abrazaron los dos hombres con fuerza. Luego, Laske abrazó también a Blangy y la besó en ambas mejillas.

— Que seas muy feliz, esposa mía.

— Adiós, Laske... ¡Que Dios esté siempre contigo! Laske Kwoka se dirigió entonces a donde esperaba la nave que lo trajera allí.

CAPÍTULO III

Scheller City era la capital económica del Sistema Planetario. Más de cincuenta millones de personas vivían allí, dedicadas a las más inverosímiles tareas técnicas y burocráticas, todas destinadas a defender los intereses legales de Frank Scheller, El Segundo.

Aquella población creció y se desarrolló, surgiendo de entre las ruinas de la antigua Praga, en el corazón de Europa. Alguien, doscientos años atrás, había soñado con lo que sólo pudo culminar el padre del actual Frank Scheller.

¡Aquello era el símbolo de la riqueza absoluta! No había poder político, militar, y mucho menos religioso, que pudiera competir con la fuerza del dinero de Scheller.

Y Scheller City era el núcleo absoluto de todo.

El edificio principal se hallaba en el centro. Era una torre metálica, de doscientos noventa pisos de altura y con una superficie de dos mil hectáreas. Plazas, jardines, avenidas y amplias alamedas envolvían aquel santuario erigido al dinero. Después venían otros grandes edificios, como el de Exploraciones Espaciales, o el de Minería Sideral, o el de Industrias Metalúrgicas, donde los jefes servían fielmente las directrices que marcaban los proyectos estudiados en la Torre Scheller.

Millones de fábricas e instalaciones industriales, situadas en todas las partes del mundo y en los planetas más lejanos, dependían de las computadoras energitrónicas de la Torre Scheller.

Allí se programaba hasta el hambre y la muerte. Si una factoría industrial, que alimentaba a cien mil bocas, quedaba rezagada o no rendía lo suficiente, sus técnicos, obreros y dirigentes quedaban condenados. No había oportunidad para ellos. Las teorías de Co- han-Malthus eran inflexibles y despiadadas: sobraba gente en el mundo. La selección natural era la única ley que entendían las máquinas robóticas del siglo XXXIV. Y si alguien conseguía que un circuito magnético hiciera determinado trabajo, el hombre quedaba desahuciado automáticamente.

En Scheller City no había miseria. Un fuerte y bien equipado cuerpo de policía velaba por el cumplimiento de las leyes. Éstas eran inflexibles. Allí sólo podían vivir los asalariados, los favorecidos por su suerte o su saber. Si alguien era despedido, las fuerzas públicas lo expulsaban de la ciudad, enviándole a las zonas del hambre o a la muerte, que era lo mismo.

África, Asia, Sudamérica, Oceanía y las regiones polares eran las zonas de la muerte, aunque hubiese ciudades y lugares donde moraban miles de millones de seres depauperados y tristes. Allí existía comercio, y hasta trabajo, pero las condiciones eran infrahumanas y de locura.

Raber, por ejemplo, la megápoli africana, que albergaba a cincuenta millones de seres, era el mayor foco de delincuencia del universo. Allí se conocían y se ejercitaban todos los vicios de la humanidad. .Se vivía en

precario, casi de milagro. Sólo los comerciantes más desaprensivos, el ejército, siempre vigilante, la policía y los representantes de la ley, podían subsistir holgadamente. El resto de la población, trabajando largas jornadas de trabajo en pequeñas industrias locales, en minas inhumanas o dedicados a la artesanía, apenas si podían obtener lo necesario para sobrevivir. Y los índices de mortalidad adquirían proporciones colosales.

En Raber se podía obtener una vivienda por medio crédito al año. Había miles de viviendas vacías. Pero no tenían agua, ni luz eléctrica, ni ninguna clase de comodidades.

Sólo en los campos, en cabañas miserables, se podía vivir trabajando un suelo falto de fertilizantes y abonos, cultivando pobres hortalizas o tubérculos anémicos, sólo regado con la escasa agua de lluvia.

Ya casi no quedaban animales domésticos. Las vacas y los corderos pastaban en los prados artificiales de Marte. La carne de los mataderos de Suikren era enviada a las fábricas de proteínas, con destino a Scheller City o a las poblaciones industriales del imperio Scheller o del gobierno, a cuyos dirigentes nombraban también las computadoras energitrónicas de la torre Scheller.

Todo cuanto ocurría en aquel desigual mundo del siglo XXX-IV lo sabía muy bien Laske Kwoka, cuando tomaba tierra en la pista doscientos once del cosmódromo de Scheller City, no sin haber pedido antes permiso para aterrizar.

Nada más posarse en la pista, treinta grandes vehículos blindados, de la policía y el ejército, rodearon a Laske. Altos jefes, con uniformes de gala, le saludaron sonrientes y afables, pugnando entre sí por estrechar su mano o tocar siquiera sus ropas deterioradas y viejas.

Laske no había esperado tal recibimiento. Quedó anonadado, confuso y aturdido, sin saber cómo reaccionar. Por suerte, estaba todo previsto. Alguien le guió hasta un discoplano, situado a menos de cien metros. Allí, una escolta de doce hombres le rodeó: todos iban armados con propulsores dé rayos fotónicos, de alto poder ofensivo y defensivo.

El que parecía ser el jefe de aquellos hombres, un sujeto de unos treinta años, más alto que Laske, y con insignias de coronel en el peto metálico, dijo:

— Soy Brekke Roon, jefe de su escolta personal, señor Kwoka. Me ha enviado el Consejo Económico del Trust Scheller. Mis hombres y yo ofrendaremos nuestras vidas para proteger la suya.

— Gracias, coronel Roon... Le agradeceré que me libre de tantos admiradores. ¿A qué viene esto?

— Son los más altos dignatarios de la empresa y del gobierno. No ha sido posible impedirles venir aquí. Tendrá usted que recibirles y conocerlos a todos.

— Yo sólo quiero ver a la señorita Patty Palmer.

— Ella le espera en la Torre Scheller... Disculpen, caballeros, el señor Laske debe llegar a su alojamiento... ¡Por favor, retrocedan! ¡Ya les recibirá

en su momento!

— ¡Soy el ingeniero general Salwick! — gritaba uno.

— ¡A sus órdenes, señor Laske! ¡Mi nombre es Ulker, de Economía! — gritaba otro.

— ¡Y yo Javry Funker, de la Comisión Política!

El coronel Brekke Roon y sus hombres tuvieron que luchar con ahínco, procurando no dañar a nadie, para que Laske pudiera subir al discoplano. Una vez dentro, la compuerta se cerró y el aparato despegó suavemente.

A través del piso observatorio, el coronel Roon mostró a Laske la ingente masa de personas que invadían las proximidades del cosmódromo de Scheller City.

—Yo no esperaba este recibimiento — comentó Laske—. ¿Por qué? ¿A qué obedece?

— Se ha sabido que viene usted de ver a Frank Scheller y que ha obtenido de él una increíble fortuna que piensa destinar a fines caritativos. Se podía haber guardado el secreto, pero la señorita Palmer, según me han dicho, está muy disgustada.

— Lo siento — murmuró Laske —. No era mi intención disgustar a nadie.

— ¿Qué es lo que se propone usted? — inquirió Roon.

— No lo sé todavía. Primero estudiaré la situación. Tendré que recapacitar profundamente. Desde luego, quiero erradicar el hambre del mundo.

— ¡Eso es imposible! —exclamó Roon.

— No lo crea, coronel — fue la contestación de Laske—. Y desde este momento le digo que, quien no confié en mí, no puede permanecer a mi lado.

— Me han ordenado proteger su vida — replicó Brekke Roon, muy serio —. Pero pertenezco al ejército.

— Entonces será mejor que vuelva usted al ejército. La verdad es que jamás he necesitado protección.

El discoplano evolucionaba ya sobre la gigantesca Torre Scheller, disponiéndose a posarse en una de sus tres pistas de aterrizaje. El coronel Roon optó por dejar la discusión para más tarde. Tiempo tendrían para hablar y conocerse mejor.

* * *

Patty Palmer había dispuesto un piso entero de la Torre y hablar con Scheller, por tanto, sabía dónde se encontraba, cosa que ignoraba hasta la propia señorita Palmer.

Así pues, Orgson se dijo que el atuendo casi harapiento de su nuevo jefe debía ser pura extravagancia. Había algo en Kwoka que desconcertaba.

Laske no se sentó detrás de una mesa de alabastro, oro y diamantes. Curioseó un poco y luego trató de descifrar el panel de control de servicios, averiguando que tenía biblioteca electrónica, selectores de «computex» informativos, traslación de mobiliario automático, decoración cambiante y muchos medios más para sentirse cómodo y bien informado.

— ¿Cuándo vendrá la señorita Palmer? — preguntó Laske, de pronto, volviéndose hacia Orgson.

— Cuando usted disponga, señor.

— ¿A qué esperamos, pues? Que venga ahora mismo.

Como si alguien hubiese estado esperando aquella orden, en alguna parte del edificio actuó un transmutador energitrónico. Y por arte de la magia positránica de la época, una mujer increíblemente fascinante «brotó» de la nada, ante Laske.

Patty Palmer era sumamente inteligente y muy bella. Se decía que no existía mujer tan esbelta, bien formada, elegante, etc., etc. Su cerebro era prodigioso, pero los esteticistas la conservaban como si fuese una joya humana.

Laske, empero, no se impresionó ante sus ojos enormes y azules, ni ante sus ropas, joyas, figura o rostro. Miró sus labios, que eran como el coral rojo y sonrió.

—¿Siempre viene usted tan pronto? — preguntó.

— Si me llama usted, sí.

— Gracias. Traigo esto para usted. — Laske sacó de un bolsillo los microdocumentos que le entregara Scheller—. Son mis credenciales.

— Ésas debe conservarlas usted. Yo tengo copias que me envió el señor Scheller por videófono. No necesita usted decirme lo que escribió el señor Scheller. Lo sé de memoria.

— Hagan el favor de retirarse todos. Deseo hablar a solas con la señorita Palmer.

Celly Orgson, Brekke Roon y la escolta salieron rápidamente.

Laske indicó a Patty Palmer una butaca y ella se sentó, cruzando sus bonitas piernas. Él tomó asiento frente a ella.

— Escúcheme, señorita Palmer, yo no necesito esto. No quiero a nadie a mí alrededor. Mis proyectos están dirigidos a los seres humanos que sufren, pasan hambre y mueren en la desesperación.

Los grandes ojos de la exótica mujer parecieron aumentar de tamaño.

— No le comprendo... — empezó a decir.

— Es fácil. Frank ha repartido su riqueza conmigo. Su mundo seguirá igual. Pero el mío sufrirá un gran cambio. Yo no deseo hombres bien instalados, bien pagados, bien situados. Todo esto me sobra.

»Yo quiero ir a vivir con los que nada tienen. Y la riqueza que Frank ha puesto en mi mano, emplearla en ayudar a los necesitados. Creo que podría dar alimentos a media humanidad, durante el tiempo que les quede de vida.

»Pero no me propongo eso. Quiero crear fábricas para dar trabajo a los que no lo tienen. Construiré viviendas para que tengan casas decentes. Y fabricaré alimentos para erradicar el hambre de todas partes del mundo.

— Entiendo — dijo Patty—. Frank ha encontrado a un santo y ha repartido con él su fortuna... ¡Oh, qué disparate!

— ¿Por qué es un disparate? — preguntó Laske.

— Porque si da usted de comer a los que no quieren o no saben ganárselo, la otra humanidad, la que se ha esforzado, la que ha luchado y se ha sacrificado se considerará defraudada.

— Nadie puede sentirse defraudado, si con esfuerzo, sacrificio y lucha, logra un puesto en la vida. Pero sí, después de todo eso, un día aciago se pierde el esfuerzo de una vida, ¿qué queda?

»Tome el ejemplo de usted misma. Tiene una envidiable posición, un sueldo elevadísimo y goza de privilegios extraordinarios. ¿Qué sería de usted si Frank la despide?

— Frank Scheller no puede despedirme — se apresuró a contentar Patty Palmer.

— No diga eso, por favor. Frank está sufriendo una gran transformación. Ha estado en crisis. Lo que antes le llevó a ocultarse de las gentes y del mundo ha pasado. Volverá muy cambiado... El hecho de que yo esté aquí es un gran cambio. Y usted puede ser despedida con todas sus consecuencias.

»Eso significaría que la fuerza pública, que no quiere en Scheller City personas sin trabajo, la expulsaría. Usted podría vivir, quizás, de sus ahorros durante algún tiempo. Pero ¿y luego?

Ahora, Patty no replicó. Laske siguió diciendo:

— Nadie puede sentirse defraudado si yo le facilito los medios para vivir decentemente. Y los inútiles, los enfermos, los tarados, los que para nada sirven, serán educados y enseñados a hacer algo, para que ganen su sustento.

»Yo quiero que la humanidad vuelva al pasado cristiano que perdió. Quiero que se acuerde del Dios que olvidó. Quiero que la humanidad intente salvarse en su última etapa... ¡En su Era Final!

»Por eso, mi sitio no es éste. Yo necesito que usted me ayude con su poderosa organización industrial. Su consejo me importa mucho ahora. Después se lo agradeceré y nada le daré a cambio, porque ya lo tiene usted todo.

»Yo sólo le pido que monte usted un servicio de auxilio humano. Yo, o mis colaboradores, le diremos dónde ha de enviar los primeros socorros. Necesitaré grandes transportes de vituallas para las zonas más necesitadas.

»Eso significará un cambio al principio. Habrán de hacer reajustes de producción alimentaria. Eso será todo sólo los primeros años. Luego, nosotros produciremos. Yo contrataré la gente. Usted les pagará.

— Entiendo, señor Laske. En eso va a invertir usted la donación hecha por el señor Scheller.

— Sí, en eso.

— Le deseó mucha suerte. La va a necesitar. No se preocupe por nosotros. Tiene usted créditos suficientes para alimentar a media humanidad más de quinientos años. Y, pasado ese tiempo, puede que le haya aumentado.

— Es usted tan buena como bella, Patty Palmer. Me he alegrado mucho de conocerla. Ahora, realizaré mi primer viaje. Quiero ir a la Ciudad Eterna.

— ¿La Ciudad Eterna? — pareció sorprenderse ella.

— ¿No ha oído usted hablar de Roma?

— No. ¿Dónde está?

— ¡Ah, pobre de usted! Roma es ahora un montón de ruinas, en la plataforma mediterránea. Pero allí vive aún el representante de Dios en la Tierra.

— ¡Ah! ¿Usted se refiere a los monjes cristianos? Sí, recuerdo haber oído que existe una comunidad muy reducida que se obstina en vivir en el pasado. Predican una extraña religión.

— ¡Predican la verdad de Dios, señorita Palmer! — exclamó Laske.

Había fuego en los ojos de él y su expresión era radiante.

— Dios es un anacronismo, señor Laske.

— ¡Por haberle olvidado está la Humanidad en su ocaso! Ya no hay salvación. Estamos condenados irremisiblemente. Sólo nos queda el recurso de pedir perdón y volver a la fe que perdieron nuestros antepasados.

«Sólo así, nuestros últimos hijos podrán morir en paz. La existencia del hombre se ha convertido en absurda, bestial, inhumana y fiera. Pese a los grandes adelantos, a nuestras fabulosas conquistas, hemos perdido lo más importante que hay en nosotros... ¡La salvación del alma!

Patty Palmer tuvo la sensación de estar en presencia de un loco, a juzgar por la forma en que se expresaba Laske. Y por esto hizo su extraña pregunta:

— ¿Por eso le dio Frank Scheller la mitad de su fortuna?

— Frank Scheller me ha dado la mitad de su fortuna a cambio de mi esposa. Blangy está con él ahora. Y ella le dará un hijo, en quien puede estar la salvación de la humanidad.

CAPÍTULO IV

El sol caía con fuerza sobre las piedras rotas, donde pequeños huidizos insectos se movían como asustados de la presencia de la brillante nave que había descendido del cielo.

La nave estaba allí, a menos de cien metros.

Laske y dos monjes hablaban, sentados sobre las piedras.

— Nadie sabe de nosotros... Nadie nos conoce... Nadie se acuerda ya del Santo Padre ni de Dios.

— Yo sí, hermanos. Por eso he venido. Os traigo alimentos, agua en abundancia, purificadores de aire, y además mi amor.

Los dos monjes se miraron. Parecían sorprendidos de aquel milagro.

— ¿Quién eres?

— Vuestro hermano. Me llamo Laske Kwoka. Tenéis que ayudarme a llevar mis presentes al Santo Padre.

— El Papa está muy enfermo, hermano. Desde luego, se alegrará de verte y oírte, aunque sus ojos están muy cansados y apenas ve. Pero será una estupenda noticia para él.

— ¿Cuántos sois? — preguntó Laske.

— Aquí estamos veinticinco, y predicando por el mundo hay ciento sesenta, si es que no han muerto algunos.

— ¿Cómo os llamáis?

— Yo soy el padre Juan... Él es el padre Ramón.

— Venid conmigo. Llevaremos al Santo Padre la gran noticia. Lo que tengo que decirle llenará de gozo su corazón.

Los dos monjes acompañaron a Laske, no sin recelo, hasta donde se encontraba la nave. Allí se encontraban Brekke Roon y la escolta. Tenían gran número de paquetes preparados.

— ¿Se halla muy lejos el Santo Padre, hermanos?

— Allí donde se alzan aquellas columnas de piedra. Vivimos bajo tierra. ¿Qué es todo esto?

— Ya os lo he dicho. Regalos importantes. Y esperad a oír lo que tengo que decir al Santo Padre. Vuestros corazones se llenarán de gozo.

Los monjes tomaron un paquete cada uno. Laske cargó con dos. El coronel Roon y sus hombres también colaboraron en el transporte, partiendo todos en fila hacia el lugar indicado por el padre Juan.

Tenían que sortear las antiguas ruinas. La ciudad de Roma había sido destruida, hacía diez siglos, durante una conflagración atómica que destruyó medio mundo. Desde entonces, un escaso número de cristianos había intentado restaurar la Santa Sede, pero no fue posible. La impiedad, símbolo de los siglos XXX, olvidó toda creencia.

Y eran muy pocos los que continuaban predicando la palabra de Dios en el desierto.

Había unas escaleras deterioradas, boca de un antiguo metro subterráneo.

Por allí descendieron Laske y los otros, cargados con los bultos, hasta llegar a una gran sala, en la que había seis o siete monjes arrodillados y rezando.

La llegada de los visitantes hizo que todos se levantasen.

— ¿Qué ocurre, padre Ramón?

— ¡El Señor se ha acordado de nosotros, padres! — exclamó el padre Ramón —. Éste es un creyente que viene de Scheller City y trae presentes para el Santo Padre... ¡Id y avisadle!

El lugar recibía la luz de claraboyas que se abrían en el techo. También tenían bujías de sebo y una gran lámpara metálica, que se encendía en las grandes ocasiones, sobre el templo alzado al fondo y en el que se veía una cruz de metal dorado.

A una señal de Laske, los hombres de Roon empezaron a deshacer sus paquetes. Los monjes, reunidos en torno a ellos, lanzaron exclamaciones al ver los obsequios, que consistían en alimentos naturales y frescos, casi olvidados por aquellos seres.

Salieron más monjes de las galerías que les servían de refugio. Y luego, Laske fue acompañado hasta una especie de mazmorra donde yacía el Papa Esteban XXVII, macilento, cansado, medio ciego. Tenía en sus manos un crucifijo de madera.

— Padre Santo — habló el padre Juan —, un cristiano acude a recibir vuestra bendición. Trae regalos y quiere hablar con vos.

— Loado sea el Señor — murmuró el Sumo Pontífice, alzando la cabeza.

Laske se acercó y se arrodilló ante él.

— Bendito seas, hijo. Hace tiempo que no viene nadie a vernos... Estamos muy lejos de las grandes ciudades... Esto no es ruta turística... ¿De dónde vienes?

— De Scheller City, Su Santidad. Y os traigo un mensaje muy importante: Dios ha debido interceder para conquistar el corazón del hombre más poderoso de este mundo perdido. Me refiero a Frank Scheller, El Segundo.

»Yo amo a los hombres, Su Santidad. Y por ellos he .sacrificado hasta a la mujer que elegí como esposa, cediéndosela a Scheller para que le diera un hijo. Sé que es un grave pecado, Serenísimo Padre. Pero no estoy arrepentido, porque Blangy es del mundo y yo soy de Dios.

»A cambio, Frank Scheller me ha dado poderes para disponer de la mitad de sus riquezas. ¿Sabéis lo que eso significa?

— ¡Oh, qué extraño designio: más bien parece obra del espíritu del mal! —exclamó Esteban XXVII, mirando a través de sus enfermos párpados al visitante—. ¿Y le habéis dado vuestra esposa?

— Santidad, Blangy no era feliz conmigo. Yo no soy del mundo. Me la entregó su padre, en las selvas del norte. Ella me siguió durante un año. Celebramos un rito a nuestro modo, que nadie santificó, excepto mi conciencia. Pero ella era pura. Más que esposa, era compañera.

»Fue el Señor quien la dirigió hasta Frank Scheller. A él le gustó y me lo dijo. Pídeme lo que quieras, me dijo. Y yo le pedí la mitad de su poder y

riqueza, a fin de poder repartir alimentos entre los pueblos hambrientos de toda la Tierra, donde se tiene que recordar el nombre de Dios.

— ¡Oh, Divino Nombre olvidado! — exclamó el Pontífice—. ¡Cuán negra es nuestra existencia! ¡Cuánta miseria fecundada por el egoísmo humano...! ¿Y cuál es tu propósito, hijo?

— Quiero ir a recorrer los pueblos y las ciudades, y dar de comer a los que padecen hambre y enseñarles la palabra de Dios.

— A ti te escucharán, hijo, mientras tengan el estómago lleno.

— Les daré medios para trabajar y ganar su sustento. Dispongo de una incalculable riqueza.

— Sí, creo que Dios te ha tocado con su Gracia. Ve, pues, y cumple tus anhelos. ¿Quieres que te acompañen mis hijos predilectos?

— Deseo que vengan algunos. Otros se quedarán aquí. Enviaré hombres a trabajar para reedificar esta ciudad. Deseo que Roma vuelva a ser la Ciudad Eterna... Haré construir un templo como no se haya conocido otro en la historia... Esto cambiará pronto, su Santidad. Millones de personas vendrán a vivir y trabajar aquí. Construiremos un gran canal, con agua suficiente para la moderna ciudad de Roma...

— ¿Vas a costear tú todo eso, hijo?

— Sí, Padre Santo. Vamos a empezar por aquí.

El Papa rezaba, y no respondió.

* * *

En pocos días llegaron diez mil naves de transporte. Los materiales y la maquinaria necesaria fue descargada a varios kilómetros de lo que habría de ser la nueva Ciudad Eterna.

Laske no estaba ya allí. Pero llegó Celly Orgson, cuya eficacia organizadora, dando órdenes y coordinando, pronto se hizo notar. Fueron los monjes que habían quedado junto al Papa quienes señalaron el lugar donde querían edificar el templo.

Doce médicos famosos se ocuparon personalmente de la quebrantada salud del Papa Esteban XXVII. Provisionalmente fue hospitalizado en una nave hospital, donde le acomodaron en una sala amplia, cómoda, provista de un mirador transparente y aire purificado, desde donde podía contemplar las obras.

El desescombro de las viejas ruinas fue completo. Enormes máquinas excavadoras, manejadas por especialistas, pronto dejaron lisos como la palma de la mano más de mil kilómetros cuadrados, llegando incluso hasta lo que siglos atrás había sido lecho del Mare Nostrum, ahora extinguido y seco, a excepción de algunos lagos salados de la vieja cuenca marina.

También llegaron las expediciones que los agentes de Laske contrataban en las ciudades «malditas» del cinturón del hambre. Se elegían técnicos que habían sido expulsados o despedidos de las factorías Scheller, para los que aquella oportunidad significaba volver a la vida.

Pero se contrataban también peones sin especialidad entre los que el destino jamás dio una oportunidad en la vida. Hombres anémicos, casi desnutridos, a quienes primero alimentaron adecuadamente, internándolos en hospitales provistos de aire purificado. Bien es cierto que muchos de aquellos individuos desahuciados murieron al probar el aire puro, al comer o al beber adecuadamente. Laske los revivió momentáneamente, pero procuró que pudieran abrazar la fe cristiana en sus últimos instantes.

También propuso notablemente el sacerdocio, pues necesitaba hombres que predicaran la palabra de Dios. Y halló millares de ellos que aprendieron rápidamente las máximas evangélicas y fueron ordenados para cumplir su misión.

Él mismo se dirigió a Raber, la ciudad condenada del corazón de África. Brekke Roon y su escolta le acompañaron. Y lo primero que hicieron fue ordenar la preparación de millones de bolsas, de diez kg, con pan, carne, queso, frutas, vino, pastas, arroz y legumbres. El mismo fabricante debía encargarse de su re- parto, juntamente con un folleto que hablaba de Dios, de los Mandamientos, de Jesucristo y de los Apóstoles. La leyenda o «slogan» de aquel fabuloso reparto era: «Dios está con los necesitados».

Sin embargo, Arnie Rand, el fabricante de alimentos, carecía de capacidad económica para encargarse de todo. Al principio, creyó que Laske sólo quería repartir unos cuantos de miles de donativos. Fue después, al entrevistarse personalmente con Laske, cuando se llevó las manos a la cabeza.

— ¡Por Júpiter! ¿De dónde voy a sacar yo tanto género? — exclamó—. ¿Cuánto ha dicho?

— Mil millones de bolsas.

— Adiós. Eso es una locura... ¡Ni el propio Frank Scheller podría pagar eso!

Sin decir nada, Laske sacó sus credenciales y se las mostró a Rand. Al poco, la expresión de éste cambió. Su rostro empezó a animarse, temblaron sus labios, y por fin emitió un grito de asombro.

— ¿Apoya Scheller esta operación?

— No. La apoyo yo. No está claro... Escuche, Rand. Usted sabe lo que ocurre en Raber. Cincuenta millones de seres viven en estas inmediaciones. Y más del sesenta por ciento apenas si comen lo necesario.

»Usted puede organizar esa distribución. No se preocupe de nada más. Pida lo que necesite al Consejo de Alimentación de Scheller City. Patty Palmer ya ha dado las órdenes. Envían carne de los mataderos de Marte en naves gigantes. Los hornos están trabajando ya y se construyen otros nuevos. Yo pago en alimentos y en dinero. Usted haga su trabajo, contrate gente, empaquete; le aseguro que cobrará.

— Últimamente estaba pasando dificultades financieras por culpa del señor Ulker, del gabinete económico Scheller. Temí que fueran a cerrarme el crédito— expuso Arnie Rand cautelosamente.

— Yo no discrimino. Me han dicho que usted puede hacer ese trabajo, y

por eso le envié al coronel Roon. Hágalo, señor Rand. Empiece a distribuir lo que tenga. Le aseguro que, antes de una semana, sus almacenes serán insuficientes para contener todo lo que va a recibir.

— ¿Me apoya usted en todo y por todo, señor Laske Kwoka?

— Incondicionalmente.

— Si usted me extiende un documento en regla, puedo obtener la colaboración de los principales almacenistas y distribuidores de alimentos de la ciudad. Rebajaremos nuestros precios, hasta dejar un margen mínimo de ganancias, se lo aseguro. Ustedes podrán controlarlo todo. Me gusta lo que hace por los infelices, y no quiero ser menos.

Arnie Rand parecía honrado al hablar así. Era un hombre todavía joven, que no había pasado jamás hambre, gracias a su iniciativa, y que supo adaptarse en Raber, después de haber sido expulsado de una de las fábricas de naves espaciales de Scheller.

— Hablaré con Keffer, Oller, Waskman y Dorny — dijo Rand—. Entre todos daremos de comer a Raber. Pero... ¿no sería bueno cobrar algo?

— Ya lo haremos, señor Rand — replicó Laske, sonriente—. Ahora, todavía no. «Dios está con los necesitados» es una mano tendida. Nosotros extendemos esa mano. Ellos tienen que acogerse a ella.

«A muchos se les puede ayudar, porque responderán. Crearemos puestos de trabajo y se acogerán a ellos. A otros muchos, será necesario ambientarles, hospitalizarles... Hay mucho por hacer, lo sé. Pero Dios está con nosotros.

Arni Rand resultó ser un hombre honrado y justo. Sin embargo, los otros comerciantes que se buscaron para colaborar en la campaña de distribución no todos resultaron honrados, en especial, un sujeto siniestro llamado Rolf Waskmann, especulador, desaprensivo y vil, cuyos manejos fueron descubiertos por los agentes secretos del despierto coronel Brekke Roon.

Rolf Waskman falseó documentos y se apropió de grandes cantidades de género. Las envió en embarcaciones aéreas a regiones distantes, donde aún no habían podido llegar los agentes de Laske, y especuló con todo lo que había robado.

Brekke Roon obtuvo las pruebas y se las presentó a Laske.

— ¡Ese hombre merece una descarga fotónica en los sesos! —exclamó Roon.

Laske examinó aquellas pruebas irrefutables, formados por declaraciones, fotografías, cifras, etc.

— ¿Aviso a la policía, Laske? — insistió Brekke.

— No. Avisa a Rand y que traiga a Waskman. Quiero hablar con los dos.

— ¡Eso es perder el tiempo, Laske! Con esos desaprensivos hay que ser inflexible.

— No se puede ser inflexible con nadie — contestó Laske—. Haz lo que te digo.

Brekke Roon obedeció a regañadientes. Media hora después, Arni Rand y Rolf Waskman se personaban donde Laske tenía instalado su despacho

provisional.

— ¿Cómo se lleva a cabo el reparto, señor Rand?

— Estupendamente, señor Kwoka — contestó el aludido—. Rolf se lo puede decir.

— Me alegro. Tengo que partir en breve hacia Columbia... Me han informado que allí se está haciendo también un reparto de víveres muy importante — Laske observó que Waskman cambiaba de color al oír aquello —. Claro que en mis informes se dice que esos repartos se cobran a seis créditos.

— Es lógico que nos imiten y bajen los precios — dijo Rand—. Pero no podrán competir con nosotros, que lo regalamos.

— ¿Y si se está vendiendo lo que no cuesta nada, señor Rand?

— ¿Qué quiere decir?

— Sé que de Raber salen grandes partidas de alimentos con destino a Sudamérica. Alguien ha organizado allí la venta de lo que aquí recibe gratis y obtiene beneficios de mí y de los compradores de Columbia.

«Escúcheme, señor Waskman, yo pagaré esos seis créditos, en concepto de distribución.

— ¿Qué dice usted? — preguntó Rand.

— Tengo dinero para hacerlo — dijo Laske—. Pagaré seis créditos por bolsa de diez Kg. ¿Le interesa el negocio, señor Waskman?

El aludido no respondió. Había bajado la cabeza y miraba al suelo.

— Usted cobra aquí su dinero. Allí puede repartir gratis. ¿O le parece poco seis créditos? Puedo darle más. Sé que usted dispone de excelentes medios de transporte...

— ¡Rolf! — gritó Arni Rand, comprendiendo—. ¿Qué has hecho?

Waskman se dejó caer de rodillas, delante de Laske, y se agarró a sus piernas gimiendo:

— ¡Perdón, señor Kwoka! ¡No debí hacerlo! ¡Me sugirieron...! ¡Yo he sufrido mucho y quería resarcirme! ¡Perdón, señor Kwoka! ¡Haremos ese reparto gratis en Columbia, en Florencia y en Bolívar! ¡Se lo juro! ¡Es usted un santo y no merece que canallas como yo le ayuden!

— Levántese, señor Waskman; se lo pido por favor. Si es dinero lo que usted quiere, pídamelo. Le daré todo lo que necesite. No tendrá queja de mí. Pero, por humanidad, en nombre de Dios se lo pido, ¡que esos infelices coman y beban lo que necesiten!

Arni Rand estaba anonadado. No acababa de creerlo. Laske Kwoka había descubierto que Waskman defraudaba y especulaba. Aquello era un delito por el que podía ser encarcelado y hasta ejecutado. En cambio, Laske le perdonaba para que el reparto de víveres continuase cada vez más ampliamente.

— Merezco ser enterrado vivo — gimió Waskman —. Pero le juro que no volverá a ocurrir. Ya no quiero beneficios... ¡Sólo deseo colaborar con usted, aunque tenga que trabajar veinticuatro horas diarias!

El comerciante cumplió su palabra. Dos meses más tarde, tuvo que ser internado en un hospital, agotado por el trabajo realizado. Laske se enteró que se esforzaba para que los embarques llegasen a su destino, ayudando él mismo cuando las máquinas se retrasaban en la carga.

Y, por otra parte, el esfuerzo de Waskman sirvió para que llegasen alimentos hasta los más apartados rincones del mundo.

Rolf Waskman fue quien extendió el sobrenombre de Laske.

— ¡Ese hombre es un santo! ¡El Santo humano y viviente!

También Frank Scheller supo que en la Tierra se estaba produciendo una auténtica revolución social. Por eso decidió regresar a Scheller City... ¡Y volvió acompañado de Blangy Matiara!

CAPÍTULO V

Patty Palmer observó primero a Blangy, que estaba echada en el sofá-litera, sólo ataviada con las breves prendas que le eran habituales, mientras comía uvas de Venus. Luego, miró a su jefe, ahora sentado detrás de su amplísima mesa de trabajo, ante los controles que dominaban su dilatado imperio.

— Hola, Patty — saludó Frank—. Ella es Blangy... Aunque no lo parezca, espera un hijo.

Patty arqueó las cejas, sorprendida.

— ¡Oh! ¿Es cierto eso, Frank?

— Así es. Por lo tanto, Blangy ocupará una residencia en los Alpes. Quiero que tenga siempre a su lado los mejores médicos. Y deben procurar, por su propio bien, que no se malogre mi heredero.

Una pregunta quemaba los labios de Patty. Y no pudo contenerse:

— ¿Esta muchacha no era la esposa de Laske Kwoka?

— Díselo, Blangy —Frank habló secamente, pues no le había gustado la pregunta.

— Laske jamás me tocó — dijo Blangy—. Mi padre me casó con él... utilizando un rito antiguo e ilegal. Laske sólo me habló de Dios, de la bondad, de la belleza, del pasado... En cambio, Frank ha despertado en mí a la mujer y me ha hecho sentir el amor.

— Muchas mujeres han sentido amor en brazos de Frank. Ha contraído matrimonio cien veces y ha convivido con mil mujeres...

— Tú, entre ellas — replicó Frank sin piedad—. Y ninguna me habéis dado lo que Blangy. Por esto será la última, la definitiva.

— Espero que seas muy feliz, Frank — dijo Patty, en tono de profunda e infinita tristeza.

— Sé lo que piensas, Patty — continuó diciendo él—. Crees que esta felicidad será pasajera y que habré pagado un precio muy alto por ella.

— Sí, eso creo — replicó Patty Palmer sinceramente—. Y nadie vale tanto como la mitad de tu fortuna... ¡Son demasiados créditos!

— Tal vez. ¿Y dónde están? Mal invertidos por esos mundos. Yo no podía hacerlo todo, ni cambiarlo todo, ni gobernarlo todo. Nací cuando el mundo ya estaba hecho. Por las actividades de mi padre, soy el hombre más rico del mundo.

»¿Y qué, Patty? ¿Qué puedo conseguir con eso? ¿Puedo comer, como quieren miles de millones de seres infelices, cuya única ambición es un plato de alimento? ¿Puedo vivir como hacía Laske, recogiendo hierbas y semillas?

»¿Es que yo necesito todo lo que tengo? ¿Para qué lo quiero? ¿Para ser el más fuerte, el más grande, el más envidiado? ¡Todo eso es falaz! ¡Debe haber algo más, Patty; algo mucho más grande, que ni siquiera me pertenece, ni puedo alcanzar! ¡Estoy seguro de que existe ese algo en alguna parte, impalpable, intangible, insustancial, etéreo o espiritual!

— Entiendo — afirmó Patty—. Lo primero que ha hecho Laske Kwoka ha sido buscar las antiguas ruinas de Roma y empezar a edificar una población que, según él, ha de ser más grande que ésta. A eso le llama él el templo de lo insustancial.

»Me he documentado bien en los archivos históricos. Roma fue un nido de vicios, donde también se rezaba. Y, desde sus principios, en tiempos del nacimiento de Jesucristo, hasta su destrucción, en el siglo XXVII, siempre se vivió allí de espaldas a lo que se predicaba.

— Nosotros no podemos juzgar el pasado, Patty — dijo Frank —. Sólo podemos juzgar esto, lo de ahora. Vivimos opulentamente. Hemos obtenido una gran civilización. Pero la Humanidad está disminuyendo. Hace siglos que alcanzamos la cúspide y ahora caemos en el declive, en el ocaso... ¡La raza humana se muere, Patty! ¿No te preocupa eso?

— Nada en absoluto. Ni me preocupa Dios, ni Roma, ni Laske, ni tu hijo, ni siquiera me preocupa conservar este empleo. Tengo suficiente dinero para conseguir una magnífica mansión en Nectaris, donde el aire es puro y la diversión continua. Allí hay hombres fuertes a los que puedo pagar los goces que me faciliten. Puedo vivir libremente, sin nadie que me dé órdenes.

— No eres insustituible, Patty — observó Frank—. ¿Por qué no vas y ayudas a Laske? Es curioso. Tengo la impresión vaga de que Laske es una especie de santo y yo soy el diablo. He dado a ese hombre más de lo que podía esperar a cambio de lo que podía arrebatarle sin esfuerzo.

— ¿Te gustaría ver el fracaso de Laske? — preguntó Patty.

— No el fracaso, dicho así. Me gustaría verlo venir y decir: «Te devuelvo lo que me diste, Frank. Para vivir, yo no necesito tanto. La Humanidad no merece que nadie se preocupe por ella».

— Laske es bueno — murmuró Blangy.

— Una raza de hombres buenos colaboró hace siglos a que nuestro mundo sea como es — dijo Frank —. Yo también pienso y siento. Desde luego, primero en mí, y después en los demás. Pero estoy confuso. Algo me ocurre.

»No se trata del poder que he dado a Laske. Eso no es nada. Con lo que me queda, me sobra. En cambio, a él pronto no le quedará nada, de seguir así. Le engañan, le mienten y le roban...

— ¿Por qué lo hiciste? — preguntó Patty.

— Lo hice por... ¡No lo sé! Quizás por gastarme la mitad de mi fortuna en demostrarle que está equivocado... ¡O con la esperanza de que tenga éxito!

»Dejaré a Blangy en una residencia de los Alpes e iré a verle. Deseo observar de cerca su labor. Hasta cierto punto, puede ser una experiencia.

—¿Y yo? ¿Quieres que me vaya? — preguntó Patty.

— Haz lo que gustes. Si te vas, pon a alguien en tu puesto. Tu trabajo es importante.

— ¿No me necesitas? — insistió ella.

— Te he dicho que no eres insustituible.

— De acuerdo — replicó Patty Palmer, sin inflexión en la voz—. Creo

que Lay Brassov puede ocupar mi puesto. La iniciaré en mi trabajo y me retiraré.

— ¿A qué viene esto? — intervino Blangy —. No quiero interponerme...

— No te preocupes, pequeña. Hace tiempo que esperaba esto. Estaba preparada. Adiós y suerte a los dos.

* * *

Patty Palmer cambió de pensamiento a la hora de haber entregado su cargo a la fascinante Lay Brassov. Ya no quiso ir a Nectaris, la fabulosa población lunar, donde el aire artificial era purísimo.

Una idea confusa empezó a tomar cuerpo en su mente. Acarició aquel pensamiento, le dio vueltas y terminó por decidirse.

Renuncio al cargo de secretaría de F. S. Me gustaría ayudarle en su labor. Como experta en organización técnica, me pongo a su servicio. Agradecería su consentimiento.

Firmado:

Patty Palmer.

A las dos horas, otro mensaje fechado en Raber, África Central, llegaba a manos de Patty.

Acepto sus servicios. Necesito una buena secretaria. Póngase en camino inmediatamente.

L. Kwoka.

Tras recibir aquella aprobación, Patty tomó sus discoplano particular, que contaba con una tripulación de veinticinco personas, y emprendió viaje a Raber, a donde llegó poco después.

Laske se disponía a emprender viaje hacia Sudamérica. Recibió a Patty con una sonrisa.

Ella observó que había cambiado sus ropas por otras más adecuadas y limpias, se había afeitado y arreglado el cabello, y parecía más joven. Sus ojos azules brillaban con intensidad.

— Me alegro de que haya venido usted, señorita Palmer. Es mucho el trabajo que estoy echando sobre mí y no sé cómo desenvolverme. La necesito mucho. ¿Por qué ha dejado usted a Frank?

— Ha vuelto muy extraño — dijo Patty, sonriendo—. Antes era algo mío. Ahora, ya no lo es.

— ¿Blangy?

— Sí.

— Lo siento.

— Yo, no.

— No se preocupe, Patty. El mundo es grande. Allí hacía usted una labor estéril. Aquí ganaremos el Cielo. ¿Sabe que hemos creado doscientos mil

puestos de trabajo?

— Estoy informada. Y también sé que hemos recibido infinidad de quejas de comerciantes colaboradores. Según el pacto que hizo usted con Frank, no puede perjudicar sus intereses económicos.

— Esas quejas, ¿de quién proceden? ¿De industriales o comerciantes de alimentación?

— De todos. Jan Ulker está ojo avizor. Su gabinete económico estudia atentamente todas las operaciones de usted. Si intervienen, puede tener líos con Frank Scheller.

— No los habrá. Sólo reparto alimentos. Y si creo industrias y ciudades, es para dar trabajo a quien no lo tiene.

— Espero que ninguna de nuestras factorías no tenga que mezclarse en sus intereses. Si Frank le retira el crédito, está perdido. Sería mucho peor que antes. La gente está esperanzada ahora.

— Yo no quiero que nadie pierda esa esperanza. En cuanto surja el problema, hablaré con Frank.

— Me dijo que vendría a observar de cerca su trabajo.

— ¿Cómo le ha ido con Blangy?

— Bien. Esperan un hijo.

Una nube oscura ensombreció la limpia mirada de Laske. Luego, con voz ahogada, preguntó:

— ¿Cree usted que me porté bien con ella?

— Creo que no. A su modo, era su esposa.

— Compañera que no llegó a ideal — contestó Laske tristemente—. Yo la amaba a mi modo, con pureza. Me la confió su padre y la acepté. Hubiese vivido con ella en el Tíbet sin mancillarla. Pero Frank Scheller se mezcló en nuestras vidas... ¡Hasta yo me hubiese ofrecido, en cuerpo y espíritu, por ayudar a la Humanidad!

— Usted es bueno, Laske. Y temo que le hagan mucho daño.

— Estoy dispuesto a todo, señorita Palmer. Mis enemigos pueden vencerme, hundirme, pero jamás cambiaré.

«¡Yo puedo ser tu peor enemigo!», pensó Patty.

— Le ayudaré, Laske. Quiero que me enseñe su doctrina. Necesito imbuirme de la fe que a usted le alienta.

— Eso está bien, Patty. Seremos buenos amigos. ¿Cómo va a organizar su trabajo? Hemos de viajar mucho.

— Tenemos que instalar nuestra oficina central en alguna parte. Yo puedo acompañarle siempre en mi nave, convertida en oficina ambulante, pero sin perder contacto con la central.

— Sí, sí... Cuídese usted de eso. Contrate personal... Me gustaría que nuestra oficina central estuviese en Roma. Allí se trabaja ya.

— De acuerdo... Nosotros estaremos en contacto por videófono. Haré que instalen equipos adecuados. Tenemos que llevar también la contabilidad general y disponer de reservas. Eso nos lo facilitará Lay Brassov. La he

puesto al corriente. Con nuestros propios bancos, bien provistos, si Frank Scheller cambiase de opinión alguna vez, podríamos resistir.

»No se preocupe usted por eso, Laske. Yo me encargaré de que todo marche a la perfección.

— Es usted la mujer que necesitaba, señorita Palmer.

— ¡Llámeme Patty!

* * *

Un instituto de Ciencias Naturales de América del Norte presentó a Laske un proyecto fabuloso de repoblación forestal y oxigenación del mundo. Se presentaron veinte hombres de ciencia con la documentación correspondiente. Años atrás, aquel proyecto fue rechazado por la Comisión Científica de Scheller City.

El presidente de aquel grupo, un hombre delgado y alto, llamado Tomás Keel, habló con Laske en nombre de sus colegas:

— El Proyecto de Oxigenación Atmosférica se divide en doce etapas. La más costosa es la primera, que asciende a doscientos mil millones de créditos, y prevé la replantación de cien mil millones de árboles, la fertilización del terreno y la instalación de grandes factorías renovadoras de oxígeno para los cinco primeros años.

»Como debe saber usted, la oxigenación requiere un cambio paulatino. El mundo no puede ser oxigenado bruscamente o la mayor parte de la población humana moriría. Es muy grande el índice de contaminación a que hemos llegado.

»En las ciudades industriales, se respira una atmósfera artificial propicia y sólo en locales cerrados. El resto del mundo está totalmente contaminado.

»¿Qué consigue usted dando alimentos a la Humanidad, si no purifica y renueva la atmósfera? El aire es tan importante como la alimentación.

— Desde luego — admitió Laske, examinando algunos gráficos del proyecto —. ¿Y volvería a existir una atmósfera adecuada en el planeta?

— Sí, desde luego.

— ¿Por qué rechazaron los científicos de Scheller este proyecto?

— Ellos tenían aire puro — contestó Tomás Keel —. Invertir estas sumas de dinero para beneficiar a los desheredados era tirar el dinero, dijeron. Si los pobres no podían pagarse renovadores de aire artificiales, que se murieran.

— Y si lo hacemos nosotros, ¿ellos también se beneficiarán?

— Desde luego que sí.

— ¿Y el agua necesaria para regar tantos árboles?

— Está todo previsto. Destilaremos agua natural. Primero utilizaremos los mares. Luego, obtendremos oxígeno e hidrógeno del espacio exterior. Disponemos de diversos procedimientos. Canalizaremos convenientemente las corrientes subterráneas. Agua pura y limpia para el hombre, las plantas y los animales. Reproduciremos las especies que aún subsisten y crearemos parques naturales.

»Tenga usted en cuenta, señor Laske, que en cincuenta años habremos amortizado la inversión realizada en los diez primeros años. Esto es un buen negocio.

— No habrá negocio. El agua y el aire ha de ser libre— contestó Laske Kwoka—. En mis planes quiero dar absolutamente gratis todo lo que el hombre necesita para cubrir sus necesidades más perentorias. El que quiera más, o busque refinamientos, tendrá que ganárselo.

— Entonces..., ¿le parece bien el proyecto?

— Sí. Me parece estupendo. Pueden contar con mi ayuda. Empiecen cuanto antes. La señorita Patty Palmer les facilitará los medios. ¿Por dónde van a empezar?

Alborozado, Tomás Keel replicó:

— África, Asia, Sudamérica y Oceanía... ¡Árboles para el futuro, agua, oxígeno! ¡Estamos seguros de que la Humanidad se salvará!

— Yo así lo espero — contestó Laske—. Al menos, lo habremos intentado.

En pocas semanas, se trazaron los grandes proyectos para la Oxigenación Atmosférica. Fueron contratados hombres y se adquirió máquinas y herramientas. Muchísimos botánicos se alistaron en el proyecto.

También se instalaron grandes fábricas electroquímicas para la obtención del agua. Fue preciso buscar nitratos y abonos para fertilizar la tierra. Pero las grandes ciudades volvían ya a resucitar, produciéndose montañas de basura y estiércol.

También se transportaron millones de toneladas de guano desde Venus y Marte, y hasta de planetas más lejanos, para lo que se dispuse una flota espacial de enormes proporciones.

Al año de haber iniciado Laske sus gigantescas actividades, el resultado se veía ya por todas partes. Pero Patty le informó:

— Hemos gastado ya una quinta parte de la donación Scheller. Es conveniente empezar a recuperar. El resultado todavía no es alentador.

Antes de que este informe llegase a manos de Laske, Frank Scheller había recibido numerosos informes negativos de sus consejeros, poniendo la labor de Kwoka en peligro.

Las reservas alimenticias habían descendido de modo alarmante.

Muchas factorías trabajaban a escaso rendimiento, porque el personal se había ido a colaborar con Laske.

Los nuevos predicadores de la Buena Nueva estaban sembrando la inquietud incluso entre las poblaciones del Trust Scheller, conquistando adeptos. En Scheller City, por ejemplo, ya se habían erigido varios templos, a los que un número creciente de fieles acudía a recibir enseñanza religiosa.

Y empezaba la competencia comercial entre ciudades y poblaciones apoyadas por Laske y las que hasta entonces habían estado bajo control de Scheller.

El propio Scheller comprobó algunos de estos informes, sin hacer

comentarios. Incluso viajó a Raber y a otras grandes urbes y comprobó el ritmo de trabajo, la alegría de las gentes, el crecimiento y obtuvo datos demográficos sobre el descenso de la mortalidad.

También estuvo hablando con Laske, en Waareek, la gran ciudad australiana. Allí acudió también Patty Palmer.

Frank quiso dar a Laske la noticia personalmente.

— ¡Blangy ha tenido una niña, Laske!

— ¡Oh, me alegro muchísimo! Aunque supongo que tú querrías un hijo, ¿no?

— Prefiero la niña. Se llamará Eva.

— ¡Eva fue la primera mujer! — dijo Laske—. Espero que no haya decidido Dios que tu hija sea la última.

— ¡Qué tonterías dices! Blangy tendrá otros hijos... Continúa tu labor, Laske. Hicimos ambos un buen trato. Pero sé prudente. Mis consejeros me presionan. Empieza a despertarse la envidia y el resentimiento. No quisiera privarte de lo que te di generosamente.

— Administro bien, Frank. La Humanidad lo necesita.

— ¡Y demuestras que nuestro sistema era inicuo e injusto! Eso no te lo perdonarán mis altos consejeros.

CAPÍTULO VI

Un día, Laske fue tentado por Patty Palmer...

El diablo, disfrazado de mujer, se acercó al asceta y le miró intensamente a los ojos, diciéndole:

— Necesitas descansar, Laske. Trabajas mucho.

— Sí, Patty. Pero es maravilloso ver cómo crece la semilla que hemos plantado. Sé que todavía queda mucho odio en el mundo. Y que existen seres que todavía no pueden alimentarse adecuadamente; que no hay paz ni alegría total.

— Tu labor no es de años, sino de siglos. Y no vivirás tanto.

— ¡Me gustaría vivir hasta que todo esté solucionado!

Se hallaban en el despacho del enorme edificio instalado en Roma, frente a donde se alzaba ya el Templo de Dios.

Estaban solos.

Patty vestía una ligera blusa de color verde esmeralda, botas transparentes hasta los muslos y lucía hermosas joyas en la garganta, los brazos y las muñecas. El diablo estaba tentador, aunque el hombre no se había fijado en ella.

— El Papa quiere que vaya a verle esta tarde. Desea hablarme de los sacerdotes infieles — habló Laske.

— Envía a Roon. Dale una disculpa. Dile que no puede ir, que necesitas reposo.

— No puedo. Esteban XXVII me quiere como a un hijo. Le daría un disgusto. Y no está bien que él venga a verme aquí.

— ¿No estás tú por encima de él? — preguntó Patty, acercándose a él y situándose a su lado, de pie.

— ¡No, por Dios!

— ¿Quién le hizo Papa? Fue un grupo de monjes miserables, que no tenían ni para comer. Habrían muerto todos de hambre si tú no les ayudas.

— ¿Cómo puedes decir eso, Patty? — exclamó él, sorprendido.

— Perdona. Sólo me preocupas tú... ¿Has leído ya el informe del profesor Vaek?

— No he podido. ¿Tan importante es? ¿De qué trata?

— ¡Oh, Laske; te lo recomendé con interés! Aquí lo tienes. — Patty presionó un pulsador de la mesa de él y encendió una de las pantallas informáticas.

El rostro de un hombre, adornado con una barbita negra, apareció en el círculo tridimensional, y saludó:

— Los procesos hereditarios en la genética actual han sufrido una regresión que se conoce con el nombre de «esterilidad decadente». El origen se remonta a los lejanos tiempos en que la Humanidad, superpoblada, utilizó procedimientos químicos para combatir la fecundidad.

»En genética se considera como regresión...

— ¡Por favor, Patty; corta eso ahora! — exclamó Laske—. No soporto una conferencia científica sobre esos temas. Que lo estudien los científicos. Y si es útil, que hagan lo que sea necesario.

— Es algo privado — declaró Patty, cortando la grabación tridimensional —. El profesor Vaek habla de Eva Scheller y cree que existe un medio para que las mujeres vuelvan a fecundar.

— ¿De veras?—preguntó Laske.

— Sí. Y yo soy joven, Laske. Sólo tengo veintinueve años. ¿No sientes envidia de Frank?

— ¿Envidia? ¿Por qué?

— Blangy está esperando otro bebé.

— Es muy fecunda. Admiro a Blangy.

— ¿Qué tiene ella más que yo?

Laske observó a Patty de pies a cabeza.

— Tú también eres muy bonita, Patty... Y mucho más inteligente.

— Frank no logró darme un hijo. Pero, con el procedimiento del profesor Vaek, yo podría ser como Blangy.

— Hazlo, Patty. Esteban XXVII te casará con el hombre a quien ames.

La mirada verdiazul que Patty dirigió a Laske, incendiaria y explosiva a un tiempo, turbó al asceta, quien se movió inquieto en su sillón.

— Sólo amo a un hombre — murmuró ella.

Laske adivinó la respuesta a la pregunta que no llegó a formular. La expresión de Patty, la tensión de su incitante cuerpo, sus manos febriles y hasta el temblor de sus labios, le hicieron ver el peligro.

— Debo ir a ver al Papa, Patty. Disculpa.

Se levantó y se alejó de ella.

— Escucha, Laske — Patty habló entonces —. No vine contigo por altruismo.

— Viniste porque te gustaba mi idea.

— Vine por ti... ¡Porque te amo, Laske! ¡Y tú debes corresponderme!

— Hace tiempo que rechacé el amor personal para repartirlo con toda la Humanidad.

— Mi amor es fuego que se consume, Laske — añadió ella, acercándose sinuosamente—. Eres tú lo que yo amo, y tu obra, y tu grandeza... ¡Tú, Laske!

Cuando ella pretendía echarle los brazos al cuello, él la rechazó suavemente.

— No, Patty. Yo no soy para ninguna mujer. No lo fui siquiera para Blangy Matiara, que era pura y virginal. Perdería mi fe si deposito mi amor en una persona... Lo que sugieres no puede ser. Olvídalo.

— ¡No me rechaces, Laske! ¡Me matarías!

— Hallarás cien mil hombres capaces de amarte hasta la locura, porque eres inteligente y bella. ¿Por qué he de ser yo?

— ¡Es el destino!

— No mezcles el destino en esto. ¿O acaso quieres probar mi virtud? Te

has equivocado, Patty. Si viniste por mí, no debiste hacerlo. Ahora se ha interpuesto un abismo entre los dos...

— ¡Yo te daría hijos para continuar tu obra! ¿Es que no comprendes que lo necesitas? ¿Qué será cuando tú faltes? ¡Todo volverá de nuevo a Frank, que ya tiene descendencia y luchará para dárselo todo a sus hijos! ¡Ya no te necesita!

— Yo le he dado esos hijos a Frank, al entregarle a Blangy. Él no permitirá que se malogre mi esfuerzo.

— ¡No le conoces como yo!

— He visto su alma.

— ¡Te ha engañado! ¡Debes luchar contra él! ¡Sus consejeros te desprestigian, te temen, y te faltarán armas para defenderte, cuando llegue el día de la lucha!

— No habrá lucha entre Frank Scheller y yo.

— ¡Te equivocas, Laske! ¡Sé que la habrá! ¡A él no le importa que mueran todos los seres humanos con tal de salvarse él! ¡Es completamente distinto a ti!

— Escucha, Patty, terminemos. Yo sabré afrontar mi destino. Nada tenía cuando le conocí. Nada tengo, porque todo es suyo. Si decide quitarme lo que me dio, me retiraré al Tíbet y rezaré como hacía antes. Será ésa la voluntad de Dios.

* * *

Esteban XXVII parecía mucho más joven que cuando le conoció Laske. Los médicos le habían devuelto la vista y la salud. Ahora estaba sentado detrás de su sencilla mesa, sobre la que había un crucifijo de madera, el mismo que siempre había tenido junto a sí.

La estancia, empero, era moderna, amplia, lujosamente adornada, y se hallaba en la restaurada Basílica de San Pedro.

Laske entró, se acercó al Pontífice y le besó la mano.

— Siéntate, hijo. Deseaba verte... ¿Qué te preocupa?

— Muchas cosas, Su Santidad.

— Deberías estar satisfecho. Estás haciendo una extraordinaria labor, por la que Dios te premiará.

— Quisiera hacer mucho más y no puedo. Tropiezo con infinidad de obstáculos.

— Nosotros también. Acogiéndose a tu generosidad, muchos hombres han fingido abrazar la fe de Dios y ahora nos encontramos con herejías espantosas que se cometen en nombre del Divino Padre. Es preciso atajar como sea tales desmanes o nos desprestigiaremos a los ojos del pueblo de Dios.

— ¿Qué podemos hacer?

— Sancionar, castigar severamente — dijo Esteban XXVII.

— No soy partidario del castigo, Serenísimo Padre. Allá cada cual con su conciencia.

— ¡Pero esos falsos sacerdotes predican el error y la herejía!

— Llamadles al orden, nada más. Pese a que Frank Scheller tenga hijos, por gracia de la pureza de Blangy Matiara, la Humanidad se extingue — Laske hablaba influenciado por su reciente entrevista con Patty Palmer —. Yo lo sé. Lo que me propongo es crear un mundo feliz en la Era Final. De nada servirá la Oxigenación Atmosférica, ni el alimento que repartimos, ni la higiene que se impone.

»Unos siglos más y la Humanidad habrá concluido. Todos deben saber eso. Y que cada uno elija su destino. Nuestro deber es enseñar la verdad, que se había olvidado. Allá cada cual con su conciencia.

—¿Y debemos permitir que se enseñe la mentira?

— Hay que perdonar. Enviad al padre Juan a los lugares donde sea necesaria su presencia.

—¡Ah, el padre Juan está muy desilusionado! Fue maltratado por los feligreses de Antogar, por reconvenir a otro apóstata. Hemos de emplear otro procedimiento más severo... ¡A los herejes se les debería castigar!

— No consentiré eso. Donde haya un mal sacerdote, enviad a otro bueno. Que el pueblo oiga dos versiones y que decida la que más le convenga. Ni ordenaré castigar a nadie, ni cesará el suministro. La conciencia, a mi juicio, nada tiene que ver con el estómago o el cuerpo.

— ¡Si todos fueran como tú!

— ¿Creéis que ignoro cómo es la gente? La conozco bien. He convivido con muchos pueblos y he visto cometer desmanes atroces, crímenes espantosos; por eso digo que se salvará quien quiera. Y nuestro deber es ayudarles a ver la luz, no castigarles. Reinstaurar la hoguera para la herejía no es justo.

— Habremos de crear seminarios y educar primero a los sacerdotes. Eso requerirá tiempo.

— Hagámoslo, Su Santidad. Poco a poco, los hombres irán volviendo al rebaño.

— Espero que así sea, hijo.

* * *

Un día, Frank Scheller en persona apareció en el despacho de Laske Kwoka, quien tuvo un sobresalto al ver «surgir» ante él la figura del magnate. Y la expresión de Frank no parecía muy radiante.

— ¡Oh, Frank! ¿Tú?

— Sí, Laske. Tengo que hablarte.

— Siéntate. Mi casa es tu casa. ¿Quieres algo?

— No... Mejor dicho, sí. Llama a Patty Palmer.

Frank se sentó en una butaca anatómica, mientras que Laske presionaba un pulsador. A los pocos segundos, Patty aparecía en la entrada, extrañándose al ver allí a su antiguo jefe.

— En presencia de Patty, Laske, dime... ¿Es cierto lo que me han dicho?

— ¿Qué te han dicho? — preguntó Laske.

— Me han dicho que sois... amantes.

— Es cierto — dijo Patty—. Le quiero.

— ¡Es falso, Frank! ¡No la creas! ¡Ella me quiere, pero yo no la he correspondido! — contesto Laske.

— ¡Por favor, quiero saber la verdad! —exigió Frank—. Haré cortar la lengua al que mienta.

— Entonces no sabrás la verdad.

— Sí que la sabré. Os tenéis que someter a un escrutinio mental...

— Un día, él me abrazó—dijo Patty—. Le dije que te pertenecía, pero no quiso escucharme y me dominó... ¡Fue aquí mismo, en ese sillón-litera!

— ¡Mientes! —gritó Laske—. ¡No la creas, Frank!

— Escúchame bien, Laske. Confié en ti y te entregué medio mundo. Pero no me gustó que te llevases a Patty. Pese a todo, yo no confío más que en mi riqueza, ni creo más que en mí. Y Patty me pertenecía.

— Llévatela.

— Antes quiero saber la verdad... ¡Toda la verdad! En Scheller City la gente habla de esto... ¡Y nadie poseyó jamás a una mujer que hubiese sido mía!

— Ni yo tampoco — contestó firmemente Laske.

— Eso tendrás que demostrármelo.

— Ahora mismo, si lo deseas — dijo Laske con altiva dignidad.

— ¿Cómo vas a demostrarlo?

— Soy un hombre castrado, Frank. ¿Quieres verlo? Lo hice yo mismo, en la isla de Surf, donde tú me conociste. Patty te ha mentido... ¡Yo no he mentido jamás! ¡Te dije que Blangy era pura y puedo demostrarlo!

Había tal tono de sinceridad en las palabras del asceta que Frank agachó la cabeza, arrepentido. Luego, se volvió a Patty, cuyo rostro se había vuelto pálido como la cera.

— ¿Ha sido una calumnia tuya, Patty?

— Yo... No... Escucha, Frank... Ignoraba...

— ¡Quítate la vida, Patty! ¡Vete y muere antes de cinco minutos, o te haré matar! ¡No tienes derecho a la vida, serpiente venenosa! ¡Este hombre es un santo y tú has querido perderle! ¡Vete de mí vista, harpía! ¡Fueraaa!

Patty, asustada por los gritos del magnate, dio media vuelta y salió corriendo.

Al quedar solos los dos hombres, Frank dijo:

— Quiero ver la monstruosidad que cometiste, Laske.

El otro, impasible, entreabrió sus ropas.

— ¿Satisfecho, Frank? — preguntó.

— Perdóname, Laske... ¡No volveré a dudar jamás de ti! Estoy arrepentido.

— Si eso es cierto, corre y salva a Patty. No quiero que muera por una pasión ciega y absurda.

— Sí, te debo eso y mucho más, Laske. Jamás debí dudar de ti. Iré tras ella.

Por suerte, Frank llegó a tiempo de impedir que Patty se desintegrase el cerebro con un arma fotónica, que ya se disponía a disparar, en su apartamento.

La imperiosa llamada de Frank conjuró la muerte, y Patty, enterada de todo, regresó al despacho de Laske y se postró de rodillas ante él, abrazándose a sus piernas, y pidió perdón llorando.

— Levántate, Patty. Ya ha pasado todo. Tú me has obligado a decir lo que nadie sabía. ¿Por qué has sido tan cruel? ¿Te he tratado mal acaso? ¿No quiero el bien de la Humanidad?

— Yo no sabía que tú... ¡Oh, Dios, perdóname!

— Escucha, Patty. Yo no fui siempre como soy ahora. Hace años era joven, ardiente y pecador. Tenía diecisiete años y vivía en Raber, donde nadie se acuerda ya de mí.

»Lo que yo hice era frecuente en un mundo perdido. Todos mis compañeros hacían lo mismo, o peor. Entre seis amigos y yo sorprendimos una tarde a una muchacha y las salvajadas que cometimos con ella le produjeron la muerte.

«¿Crees que no he sufrido por aquello? No he pagado aún. Quería redimirme y me fui a una isla desierta, lejos del mundo, a morir. Pero Dios no me lo permitió, ni siquiera cuando me arrojé al mar. Él me quería vivo. Él puso a Blangy en mi camino. Él sabía lo que estaba haciendo. Y Blangy fue la llave que abrió el corazón de Frank Scheller.

»Para todo lo que hago ahora, para redimir aquel pecado, Dios me conservó. Sé que no salvaré mi alma, pero no eludiré el deber sagrado que me impuse y que cumpliré hasta el fin.

»Ya sabes que no soy un hombre como los demás. La carne no me tienta. Sólo me atrae el sacrificio y la bondad...

— ¿Lo sabía Blangy?

— No. Jamás se lo dije. Era mi esposa, pero no carnal, sino espiritual. Por eso se la cedí a Frank. Él la necesitaba y yo no. Esto está decidido por Él en sus arcanos designios.

Patty se secó las lágrimas y sus ojos húmedos miraron la cada vez más impresionante figura de aquel singular apóstol.

— ¿Y podrás perdonarme, Laske?

— Ya estás perdonada. Ahora, reanudaremos el trabajo. ¿Quieres seguir colaborando conmigo?

— ¡Sí, hasta mi último aliento!—exclamó ella, profundamente convencida.

* * *

Era preciso trabajar. No había tregua ni descanso. En todas partes surgían problemas que debían solucionar. No todos los colaboradores de Laske eran

tan activos como Rolf Waskman, quien, restablecido de su agotamiento, había organizado una distribución de alimentos que con esto, sino que disponía ya de una flota pesquera, de factorías de repoblación piscícola, de campos sembrados, fábricas de harinas y conservas, y de todo cuanto producía alimentos para la humanidad.

Celly Orgson, identificado con la creación de la Ciudad Eterna, trabajaba con urbanistas, arquitectos y constructores, ávido de levantar la mejor ciudad del mundo.

Tomás Keel y sus colaboradores empezaban ya a obtener éxito, registrando el índice de fotosíntesis clorofílico y comprobando que la naturaleza devolvía el oxígeno a la atmósfera. Pero lo más portentoso estaba ocurriendo en ambos casquetes polares, donde se había logrado fundir enormes extensiones de hielo, obteniendo agua abundante, que era canalizada hacia las grandes urbes.

Roma tenía ya agua suficiente para cien millones de seres. Y los campos revivían lentamente, extendiendo su verdor.

La gran obra de Laske Kwoka empezaba a dar frutos. Pero...

¡El mal continuaba acechando, envidioso siempre!

CAPÍTULO VII

Hans Rudder era un hombre delgado, alto, enjuto, de voluminoso cerebro, que vivía siempre aislado en su oficina de la Torre Scheller, rodeado de máquinas computadoras y cerebros electrónicos. Ayudado por un millar de colaboradores, era la eminencia gris de la Consejería Económica del Imperio Scheller.

En realidad, Rudder se había creído siempre más que el propio Scheller, dado que obtuvo el cargo en los tiempos en que vivía el padre de Frank. Y, al morir aquél, continuó en su puesto, como asesor del hijo.

Rudder era, pues, en economía, una institución inamovible. Una palabra suya, basada en profundos y meditados cálculos, podía trastornar el mundo. Y, naturalmente, Hans Rudder sabía cuándo y cómo era necesario decir aquella palabra.

Cuando Frank Scheller cedió la mitad de su inmensa fortuna a Laske Kwoka, Hans Rudder creyó volverse loco de furia. Trató de localizar a Frank, sin conseguirlo, y ejerció presión sobre Patty Palmer para examinar las películas que conferían a Kwoka tan alto privilegio.

No había nada que oponer a los deseos del «Amo». Pero Rudder se dedicó, desde aquel instante, a buscar el modo de recuperar lo «perdido». Y, cuando le fue posible, habló con Frank mesuradamente.

No pudo convencer a su jefe del disparate que había cometido. Y fue lo suficientemente inteligente — ¡lo era, en efecto! —para no insistir, esperando a que llegase su momento.

Y el momento, desgraciadamente, llegó.

Blangy tuvo un segundo hijo, que murió a los pocos días de nacer. Frank Scheller había vislumbrado el legítimo heredero, el varón que continuaría su dinastía, y al que llamó Frank Scheller, El Tercero.

Pero cinco días después de su nacimiento, el pequeño Frank murió, sin que la ciencia y la medicina pudiera hacer nada por él.

Aquel golpe sumió a Frank Scheller en la amargura más sombría. Sólo tenía a Eva, de dos años y medio. Pero era una mujer. Y él quería un heredero varón para continuar su estirpe.

Hundido en la más profunda depresión moral, la llamada videofónica de Hans Rudder, con carácter urgente y prioritario, le hizo acudir a su despacho.

— ¿Por qué me molesta, Rudder? ¿No sabe que estoy angustiado?

— Lo siento muchísimo, Frank. Lo siento de todo corazón. Pero el objeto de mi llamada es importante.

— ¿De qué se trata?

— Laske Kwoka está fabricando armas de guerra.

— ¿Qué?

— Acabo de recibir la noticia. La fábrica se instaló hace seis meses en una abrupta región de la Amazonía, y el asunto se ha llevado en secreto. Por fortuna, mis agentes han obtenido la información.

— ¿Y para qué quiere Laske esas armas?

— Si el mundo está dividido en dos potencias económicas, y nosotros disponemos de ejército regular, ¿para qué puede querer la otra potencia las armas?

— ¿No pretenderán atacarnos?

— Las armas desintegrantes y fotónicas siempre son agresivas. Hay que eliminar ese peligro inmediatamente— dijo Rudder.

— Aguarde, Hans... Déjeme pensar... Nosotros controlamos todos los presupuestos de Laske. ¿Cómo han podido falsear los gastos de una fábrica de armamento?

— Pues lo han hecho. Nosotros no tenemos registrada ninguna inversión para una fábrica de armamento y sí para demasiadas instalaciones de alimentos. Es evidente que, con el pretexto de repartir comida a los hambrientos, Laske y sus colaboradores han dedicado tu dinero a montar una fábrica de armamento.

— ¿Tiene usted pruebas fidedignas de todo eso?

— Sí, naturalmente. La fábrica está situada en la cuenca del río Coari y mis agentes han descubierto allí, varias veces, la presencia del coronel Brekke Roon. Hay un aeródromo en las inmediaciones. Hemos podido infiltrar agentes nuestros en la plantilla, los cuales han obtenido fotografías de la maquinaria y de los laboratorios de física nuclear y energitrónica.

«También hemos sustraído algunos desintegradores de gran potencia, fabricados allí.

— Bien — dijo Frank —. Envíeme todo ese material. Estudiaré el caso.

— Sí, Frank. Las pruebas son concluyentes. Brekke Roon trabaja para Laske.

— Sí, sí... ¡Pero pienso que puede estar actuando a espaldas suyas!

Hans Rudder no replicó.

Frank cortó la comunicación, estuvo unos momentos pensativo y luego llamó por videófono a su secretaria, Lay Brassov.

— Lay — dijo cuando la joven apareció en la pantalla esférica—, ¿qué sabes de una fábrica de armas desintegrantes que ha sido construida, por colaboradores de Laske, en las cercanías del río Coari, en la Amazonia?

Lay puso expresión de sorpresa.

— ¿Fábrica de armas desintegrantes? ¿Para qué necesita Laske algo así?

— Esa instalación existe. Y tú deberías saberlo.

— Lo siento. Han debido realizarlo en secreto. Patty no me informó de nada.

— ¿Y tú sección «H-X», para qué sirve? Parece ser que los agentes económicos de Rudder saben más que nosotros de todo eso.

— Lo siento, Frank. ¿Qué quieres que haga?

— ¡Deja de decir «lo siento» tantas veces! ¡Hay que ser más efectivo! ¡De momento, disuelve la Sección «H-X» y envía con Laske a todos sus componentes; tal vez encuentren un terreno en donde poder plantar calabazas!

— Sí, Frank — dijo la joven secretaria dócilmente.

— ¡Y llama a Laske Kwoka! ¡Quiero que venga a verme inmediatamente! Estaré en el Albergue Sanitario de los Alpes, con Blangy.

Terminando de dar estas órdenes, Frank cortó la comunicación y se quedó pensativo. Su depresión había aumentado extraordinariamente por culpa de Hans Rudder, cuya inteligencia económica conocía y temía. El hecho de que su consejero principal hubiese informado de aquello colocaba a Frank en una posición delicada.

Sin embargo, Frank deseaba escuchar a Laske Kwoka. Se daba cuenta de que la labor de éste en el mundo era importante. Se estaba produciendo una singular revolución en beneficio de la humanidad. Esto significaba, simple y llanamente, que los métodos anteriores de selección natural eran ineficaces. Él había logrado obtener una cuantiosa fortuna. Posiblemente, había sido el hombre más rico de todos los tiempos.

Pero ¿a costa de qué?

Desde el punto de vista de Laske Kwoka, la Humanidad había sido sacrificada deliberadamente en beneficio de Scheller y sus allegados. No había paliativo ni disculpa. Lo que antes se consideraba una necesidad natural, ahora empezaba a no serlo.

¿Había comprendido Laske que la realidad innegable les obligaría a luchar para continuar viviendo?

Frank no estaba muy seguro. Necesitaba hablar con Laske. Pero estaba deprimido y angustiado. La muerte del pequeño Frank le había trastornado.

* * *

Laske llegó al Albergue Sanitario media hora después que Frank.

Una enfermera le acompañó hasta la amplia y lujosa habitación donde se encontraba Blangy Matiara, acompañada de Frank.

Lo primero que hizo Laske fue abrazar y besar a Blangy, que también estaba muy deprimida. Luego, estrechó la mano a Frank.

— Comparto vuestro dolor, Frank. Sé lo que ese niño significaba para ti.

— ¿Por qué ha ocurrido, Laske? ¿Lo sabes?

— Creo adivinarlo — contestó el asceta—. Blangy dio mucha vida a Eva. El pequeño Frank nació sin tanta vitalidad. Ése es el destino de toda la Humanidad. Nos hemos agotado y nos deslizamos por el declive hacia el fin. Puede que aún subsistamos cinco, diez o quince siglos. Pero el final es inevitable.

— ¿Blangy no volverá a tener más hijos? — insistió Frank.

— ¿Cómo puedo yo saberlo? Ni siquiera lo saben los médicos. Nadie lo sabe. Son fenómenos cada vez más aislados. ¿De qué te quejas, Frank? Ya tienes a Eva.

— Una mujer no es igual que un hombre.

— ¿Por qué no?

— Porque... Bueno, la línea que inició mi padre.

— Olvida eso. Tu padre fue un gran financiero. Tú no eres como él.

— ¡Soy mejor que mi padre! —exclamó Frank.

Laske sonrió y acarició la mano de Blangy, al borde de cuyo lecho estaba sentado.

— ¿Qué te parece, Blangy? Da la mitad de su fortuna a un despilfarrador y dice que es mejor que su padre, quien empleó cuarenta años en conseguirla. No, Frank; tú has continuado la empresa que tu padre inició. Sin embargo, tú has hecho mucho más que él por la Humanidad. Eso no te lo negará nadie.

— Hans Rudder me ha informado que habéis construido una fábrica de armas — dijo Frank, de súbito, mirando a Laske.

— Hans Rudder te ha informado mal. Patty me advirtió contra Rudder. Creo que no soy santo de su devoción — contestó Laske, con naturalidad.

— Te hablo en serio. Eso es grave. Si has cometido esa torpeza, la situación es grave. Mis consejeros tendrán argumentos para combatirte y desprestigiarte. Hay muchos que no han visto con buenos ojos tu posición. Sospechan que esas armas pueden ser disparadas contra nosotros.

— Renuncia a esos consejeros, Frank. Si piensan así, no te convienen.

— Defienden mis intereses y los suyos. No quieren fracasar.

— A mí me preocupa poco que un hombre fracase una o mil veces. De humanos es errar, y nosotros no somos dioses. Hay muchas diferencias entre el mundo que llamamos tuyo y el que yo pretendo mejorar. Pero, desde luego, díselo a tus consejeros, nosotros no esperamos solucionar nada por medio de las armas.

— ¿Y si te demuestro que habéis construido una fábrica?

Laske se fijó particularmente en Frank.

— ¿Hablas en serio?

— Por favor, Frank — intervino Blangy, con voz débil—. ¿No podías esperar a otro momento para discutir con Laske? Ha venido a verme.

— Lo siento. Ha venido porque yo le he llamado. Tu antiguo esposo ya no tiene tiempo para visitas privadas — había un tono acusatorio en la voz de Frank, casi agresividad.

Laske se puso en pie y se llevó ambas manos a su espalda. Miró severamente a Frank y luego habló:

— Bien, hablemos con claridad. ¿Qué es eso de la fábrica de armas?

Frank relató el informe facilitado por Hans Rudder, sin omitir nada. Cuando concluyó, Laske dijo:

— Ni he ordenado que se haga nada de eso, ni lo apoyaría jamás. Por tanto, debe ser cosa de Brekke Roon. Pero no comprendo cómo ha podido hacerlo... ¡Patty debía saber algo! Ella es la que controla todas nuestras actividades. Supongo que, a espaldas mías, se puede invertir dinero en esas locuras. Pero Patty debía saberlo.

— Voy a darte una oportunidad, Laske. Aclara eso y entrégame a los culpables. Exijo un informe completo del caso. Te aseguro que los responsables serán castigados.

— No, Frank. Te entregaré un informe. Si esa fábrica existe, será destruida. Pero no creo que sea justo castigar a nadie.

— ¡No te apoyé para eso, Laske!

— Ni yo te entregué a Blangy, a fin de perpetuar tu especie, por altruismo.

— ¡Tú no la amabas!

— ¡Más de lo que la amas tú! — replicó Laske.

— ¡Eres incapaz de...!

— Mi amor no es como el tuyo, Frank. Vives en el materialismo.

— ¡Basta! No quiero discutir contigo. Harás lo que te he dicho o no recibirás ni un crédito más para tu obra...

Antes de haber acabado de pronunciar estas palabras, Frank Scheller ya estaba arrepentido de haberlas dicho. Sin embargo, no se retractó de ello.

— No puedes hacerlo, sin desprestigiarte ante todos, Frank — señaló Laske—. Me diste poderes escritos. El mundo entero vive ahora en la esperanza. Si las intrigas de los hombres en los que no debes confiar te hacen faltar a tu compromiso, sólo sobre ti caerá el castigo y las consecuencias.

— ¡Por favor, Frank! —exclamó Blangy, angustiada y suplicante—. ¡No debéis discutir!

— ¿Crees que puedo consentir que se den armas a mis enemigos? ¿Qué sería de mí y de mis empresas, si los que me odian consiguen armas para combatirme?

— Laske no te odia. Lo sé. Él es incapaz de odiar a nadie. Es todo lo contrario. Se dejaría matar por ti.

— Puedes estar seguro — afirmó Laske—. Pero no te preocupes. Esas armas no las empuñará nadie contra ti. Regreso a Roma. Me informaré detenidamente del caso... ¡Y si hay algún culpable, seré yo!

* * *

Brekke Roon desapareció. Pero uno de sus colaboradores y miembro de la antigua escolta de Laske informó a éste:

— Es cosa del coronel Brekker y del secretario Celly Orgson. Yo lo sabía y, al principio, compartí su inquietud.

— ¿Orgson? — exclamó Laske.

— Sí. Él facilitó los medios. La fábrica se montó con la maquinaria y el dinero que debía emplearse en la construcción de Roma. De aquí salieron varias naves hacia la Amazonia.

Laske llamó a Patty por videófono y le dijo:

— Que venga Orgson... Mejor dicho, que lo arresten y le traigan a mi despacho.

— ¿Ocurre algo?

— Ya te explicaré. Ahora, haz lo que te he dicho. Al cerrar la comunicación, Laske continuó interrogando a su informante:

— ¿Cuántas armas se han fabricado?

— Tengo entendido que hay para armar a un pequeño ejército. El coronel

Roon nos decía que algún día tendríamos que defenderle a usted con algo más que nuestra pequeña escolta. Él conoce a los altos consejeros de la Torre Scheller, quienes no acogieron con agrado la ayuda que le facilitó Frank Scheller.

— Entiendo. Pero Brekker no debió hacerlo.

— No dude usted que el coronel Brekker le quiere, señor Kwoka. Y me consta que no vacilaría en dejarme matar por usted. Si él creyó conveniente estar preparado, para lo que pudiera ocurrir, eso sólo se debe a su exceso de celo.

— Gracias por tratar de defender a tu jefe. Pero el hecho de que nadie sepa dónde está en estos momentos es la prueba más irrefutable de su culpabilidad.

— Tal vez tenga miedo, señor Kwoka.

— Escucha, Freí. Si sabes dónde está, ve a verle y dile que no tenga miedo de mí. No le castigaré.

— No sé dónde se encuentra, señor. Pero preguntaré a mis camaradas. Tal vez alguno tenga indicios.

— Trata de localizarle. Quiero que venga inmediatamente. Pero, desde luego, esa fábrica de armas ha de ser desmantelada sin perder un instante. Daré las órdenes oportunas.

Freí salió y Laske habló detenidamente con Patty Palmer, quien ignoraba lo que ocurría. Fue ella la que dijo:

— Si Hans Rudder ha iniciado la contienda, no se detendrá ante nada. Conozco muy bien a ese hombre.

— Iré a verle.

— ¡No lo hagas, Laske! ¡Es implacable! Puede que te reciba con una sonrisa y emplee contra nosotros todo cuanto le digas.

— No le temo. Hemos cometido un error y lo hemos de pagar. Sólo yo soy responsable de lo que hacen mis amigos. Si Frank quiere castigar a alguien, tendrá que hacerlo en mi persona.

— ¡No seas loco! ¡Tú no tienes la culpa de nada! Y no creas que voy a censurar a Brekker. Imagino por qué lo ha hecho. Tú eres demasiado bueno y confías excesivamente en los demás. Pero si Frank tiene avispados consejeros, tú también los tienes... ¡Esas armas pueden ser útiles, Laske!

— ¿Estás loca? ¡Jamás intentaría lograr nada por el camino de la violencia!

—Te propongo una reunión para estudiar el caso. Yo sé que se ha hecho todo lo que tú has querido, y el resultado se ve. Pero nosotros no somos más torpes que Rudder, y, desde luego, Brekker no quiere que fracasemos por culpa de esos intrigantes que se llaman consejeros económicos. Si lo que pretendemos todos es en beneficio de la Humanidad, y para la salvación de la raza humana, Dios no verá con malos ojos el que utilicemos medios sutiles, como hacen nuestros enemigos.

— No te entiendo, Patty.

— Una fábrica de armas no significa que vaya a estallar una guerra. Pero

puede hacer pensar a hombres como Salwick, Jarry Funker y Hans Rudder. Y si nos hacemos respetar un poco, sabiendo que Frank está con nosotros, tal vez desistan de sus intrigas.

Laske quedó pensativo hasta que una escolta de policía se presentó en su despacho, acompañando a Celly Orgson, quien parecía anonadado.

— Esperen fuera — dijo Laske a la escolta —. Siéntese, Orgson... ¡Ah, pasa, Patty! —añadió el asceta, al ver entrar a su principal colaboradora—. ¿Algo nuevo?

— Brekker se encuentra en Nueva Zelanda, dirigiendo un ejército de cincuenta mil hombres.

— ¿Lo sabía usted, Orgson?

— Yo... Bueno, sí. Ayudé al coronel Brekker en su plan.

— ¿Por qué, Orgson? ¿Qué significa esta locura?

— Todo cuanto hemos hecho puede ser destruido por Frank Scheller en cuanto cambie de parecer. Si disponemos de un ejército armado, posiblemente no cambiará jamás de parecer.

— ¡No toleraré esa coacción! —exclamó Laske—. ¡Están todos ustedes despedidos! ¡No quiero su ayuda! ¡Deberán presentarse en Scheller City antes de veinticuatro horas!

CAPÍTULO VIII

— Aquí me tienes, Frank Scheller — dijo Laske, cabizbajo, ante el poderoso hombre de negocios, cuya presencia había obligado por medio de la translación nergitrónica.

Frank, que estaba sentado detrás de su impresionante mesa de despacho, pareció sobresaltarse.

— ¿A qué vienes?

— A devolverte todo lo que me diste. Eres libre de hacerme desintegrar, encerrarme en la más profunda mazmorra submarina o azotarme hasta dejarme sin aliento.

— ¿Te has vuelto loco, Laske?

— No. Sólo yo soy responsable de lo ocurrido. Brekker Roon y Celly Orgson se han refugiado en Oceanía, donde han organizado un ejército. Parece ser que se proponen exigirte reivindicaciones... ¡Y la culpa sólo es mía!

Frank se puso en pie de un salto.

— ¿Han organizado un ejército? ¿Qué reivindicaciones pretenden exigirme?

— He recibido una llamada de Brekke antes de venir — siguió diciendo Laske —. Ahora sé que me han utilizado como cabeza de turco... La verdad es que el sistema de gobierno económico que habéis desarrollado en el mundo ha lesionado a media humanidad, aunque la otra media, la que aparenta estar de tu parte, tampoco está conforme.

»Brekke y muchos opinan que eres responsable del hambre sufrida por medio planeta. El despotismo y la tiranía han causado muchísimas víctimas. Tu sistema de represión y policía, más severo que durante las más oprobiosas tiranías, mantenía a los hombres en el rencor y en el odio.

»Yo soy culpable de haber hecho renacer la esperanza en toda esa gente hambrienta. Ahora, si creen que van a perder lo que les he dado, se levantarán en masa contra ti. Y no quiero que haya luchas. Por eso me tienes aquí. Asumo la responsabilidad de todo lo que ocurra.

— ¡No te quiero a ti, Laske! —vociferó Frank—. Por esas razones, yo también sería culpable de lo mismo que tú te acusas. Y mi única culpa es haber nacido hijo de mi padre.

«Quiero a los sediciosos. Si Brekke y Orgson nos han engañado, fabricando armas cuando debían haber construido ciudades y repartir alimentos, se les juzgará y cumplirán un castigo. No hay más ejército que el gubernamental, ni más autoridad que la ley.

— Sabes muy bien que el ejército del gobierno y la ley obedecen tus órdenes, Frank. Tú eres el amo de todo. Admito que el mundo no ha sido hecho por ti, que lo encontraste así al morir tu padre y tener que hacerte cargo de sus intereses.

«También sé que has hecho lo humanamente posible, valiéndote de mí,

para salvar todo lo que fuera posible. Y que has trabajado, y sido condescendiente y tolerante.

«Pero yo he sido un iluso al creer que la Humanidad tenía salvación. He sido un necio y mi error debe pagarse.

— No. Tú seguirás realizando tu tarea, Laske. Haré que arresten a Brekker y a Orgson y que recaiga sobre ellos todo el rigor de la ley. Pero tú volverás a Roma, a continuar tu tarea.

Laske sacudió negativamente la cabeza.

— No, Frank; no puedo. Sé que Brekke y Orgson no se entregarán sin lucha. Me lo han comunicado... ¡Y Patty está de acuerdo con ellos también!

— ¿Patty? ¡No puedo creerlo!

— En realidad, ellos no quieren la guerra — añadió Laske—. Dicen que sólo se proponen conservar y defender lo que ya consideran como la salvación de la Humanidad. Yo no puedo estar de acuerdo con ellos, porque no soy partidario de la violencia. Pero el único responsable de todo soy yo.

— No lo entiendo... ¡No puedo comprenderlo! Desde luego, el hecho de que estés aquí te exime de responsabilidad. Es la actitud de Orgson, Patty y Brekke lo que no entiendo. Deben comprender que tengo fuerza suficiente para aplastarlos. ¿Por qué se obstinan en buscar rencillas por medio de amenazas?

Laske se encogió de hombros.

— Sólo hay una razón. Me han dicho que Hans Rudder debe ser expulsado del Gabinete Económico y que es necesario renovar la plantilla de tus altos y antiguos consejeros.

— ¿Cómo? ¿Despedir a hombres de auténtica valía para colocar en su sitio intrigantes mediocres?

— En esos cambios puede haber algo de selección natural, Frank. Tú eres partidario de ese sistema.

— ¡Jamás quitaré a un hombre inteligente para poner en su puesto a un incapacitado!

— ¿Cómo sabes que los otros son incapacitados si no los has probado? Es que, pese a todo, lo que tú has llamado selección natural, no lo era. Va contra natura que Hans Rudder, por ejemplo, sea el mejor economista del mundo, llevando cuarenta años en el puesto que le confió tu padre. En ese tiempo, millares de jóvenes economistas habrían podido demostrar ser mejores que él.

«Sin embargo, Rudder se ha cuidado muy bien de impedir que nadie pueda eliminarle. Y eso no es selección natural, te repito.

— Rudder vale más que nadie y lo ha demostrado eficientemente.

— En las reivindicaciones de mis colaboradores no está únicamente el nombre de Rudder. Han mencionado a muchos más. Y se sienten fuertes en sus demandas. Por vez primera tienen de su parte a las masas desahuciadas. Todo el que ha pasado hambre y ha vivido este último período no permitirá que se le someta más, sin luchar. Ahora tienen posibilidad de hacerlo. Brekke y Orgson han sido listos. Suponen que se harán oír por la fuerza, que es una

razón poderosa.

— ¡La fuerza de esos locos durará muy pocos días, Laske! No quiero causarte daño alguno. Irás a una prisión segura. Tú lo quieres y estimo que es conveniente. Saldrás de allí cuando esto haya terminado, que será pronto. ¡Pero a esos insensatos los castigaré con severidad y rigor; no tendré piedad de ellos! ¿Atreverse a decirme que mis mejores ayudantes son unos inútiles? ¿Qué han sido ellos siempre?

»¡Los aplastaré como a gusanos!

* * *

Laske, oficialmente, fue entregado a las autoridades judiciales. Se le consideró, por orden expresa de Frank Scheller, un ilustre preso político, al que se le debían toda clase de consideraciones y respetos.

Esto no fue obstáculo para que un magistrado ordenase el traslado del «ilustre preso» a la más fatídica de las prisiones submarinas, una fortaleza del Pacífico, a doce mil metros de profundidad, que llamaban «El Abismo».

Desde el mismo palacio de justicia, en Scheller City, en una nave anfibia, Laske fue conducido a su encierro. En menos de seis horas se realizó el traslado.

Una vez en aquel profundo agujero abisal, rodeado de guardianes y condenados peligrosos, Laske fue conducido a su celda, donde, en verdad, gozaba de toda clase de comodidades.

El propio director de «El Abismo» le acompañó a su encierro, y le mostró la ventana rectangular, de grueso cristal acerado, detrás de la que nadaban peces extraños.

— Ésta es nuestra mejor celda, señor Kwoka. Aquí no carecerá usted de nada. Pero si no le gusta, le dejaremos elegir. Aquí tiene usted aire puro, agua fría y caliente en abundancia, la alimentación que apetezca y la biblioteca microfotografiada más completa que existe.

— ¿Muchos libros de historia?

— Todos — contestó el director —. Cuando se construyó esta prisión, se reprodujeron todos los libros y películas de la Biblioteca Central de Scheller City. Se tuvo en cuenta que los detenidos suelen ser muy estudiosos. Y no se dejó nada por reproducir... Ah, y tiene usted una pantalla catódica, en la que puede leer o ver y escuchar, todo lo que se le antoje.

— Gracias, es usted muy amable, señor director.

— Cualquier cosa que necesite, no tiene usted más que pedirla a través del interfono. Aquí estamos por entero a su disposición.

Nada más retirarse el director, se produjo una llamada videofónica, directamente en la pantalla catódica.

Laske se inquietó al ver el semblante preocupado de Blangy ante él.

— ¡Oh, Laske! Acabo de hablar con Frank. Me ha dicho que ha ordenado tu encierro para protegerte de tus enemigos. Yo no quería creerle y por eso te he llamado.

— ¡Eres muy buena, Blangy! Sí, aquí estoy, encerrado bajo el mar. Pero no te inquietes. Tengo de todo. Y si me dejáis, podré estudiar historia antigua. Necesitaba un poco de descanso.

— ¿Por qué, Laske?

— Era inevitable. Soy culpable de sedición. Frank y yo hicimos un trato. Yo le he traicionado...

— ¡No lo creo! ¡Tratas de proteger a otros!

— Tal vez. Frank también está protegiendo a sus antiguos camaradas.

— ¡Frank quiere defender la ley y la justicia!

— Frank no puede defender la justicia, porque ignora el sentido de esa palabra. La justicia, en este mundo nuestro, tiene distintos sentidos para unos y para otros. Brekke Roon cree que un ejército nos salvaguarda de las maquinaciones de muchos colaboradores de Frank. Yo no opino igual, y por eso estoy aquí.

»Pero los colaboradores de Frank creen que Brekke es un criminal y que se le debe eliminar. Se trata de intereses antagónicos... Y lo peor es que me inclino por defender a Brekke, como Frank quiere defender a Rudder.

— Frank me ha dicho que incumpliste una parte del contrato, construyendo una fábrica de armas y creando un ejército, con el cual pretenden extorsionarle.

— Sí, eso es cierto. Aunque yo soy demasiado ingenuo y lo ignoraba. Alegan mis colaboradores que era necesario. De no haberlo hecho, Frank podía cambiar de opinión es cualquier momento y dejar el mundo como estaba antes, con su inmensa injusticia y sus millones de hambrientos.

— ¡Frank no haría una cosa así! — exclamó Blangy—. Yo le conozco bien.

— Y yo también le conozco. Frank es débil en ciertas cosas. Pesa en él más un informe de sus hombres de confianza que la verdad.

— ¡Eres tendencioso, Laske!

— No. Si lo fuese, estaría ahora en Roma, con mis amigos. Y ya ves donde estoy. Si ocurre algo, la culpa será mía.

— Frank no quiere hacerte daño. Dice que te sacará de ahí en cuanto haya juzgado a los sediciosos.

— ¡Ah, en eso puede equivocarse Frank! Pero no te preocupes. Espero que Esteban XXVII solucione el problema. Me prometió su intercesión.

— Yo también haré lo que pueda, Laske. Ya te volveré a llamar. Te dejaré estudiar todo lo que quieras.

— ¿Cómo está Eva?

— Muy bien, Laske. ¿Quieres verla?

— Ahora no. Ya la veré cuando salga. Cuídate, Blangy.

La comunicación se cortó, y Laske se reclinó en su cómodo asiento. Un instante después estaba dormido. El silencio allí, en su mazmorra de lujo, era total.

Laske tuvo una pesadilla horrible durante su sueño. Creyó ver el mundo

envuelto en mía guerra dantesca, donde los hombres se mataban a millones, con una furia ciega y loca. Vio desaparecer ciudades enteras, envueltas en el fuego y la devastación, y hasta creyó sentir los estremecimientos del suelo terrestre, sacudido por las horrísonas explosiones atómicas.

Despertó bañado en sudor, angustiado y trémulo. La impresión del sueño había sido demasiado honda.

Fue entonces cuando vio el rostro de Frank Scheller, mirándole desde la pantalla catódica.

— ¡Oh, Frank, me he dormido! ¿Hace mucho que...?

Frank le miraba ceñudo. Su expresión era hosca al atajarle.

— Hace diez minutos que trato de despertarte, Laske. Debes estar muy cansado para dormir como un santo, mientras la humanidad de extermina ferozmente por tu culpa.

— ¿Qué dices, Frank?

— ¡Trato de maldecir la hora en que te conocí y el necio momento en que confié en ti! —exclamó Frank, a través de la pantalla catódica.

— ¿Qué ocurre?

— El que se hace llamar pomposamente mariscal Roon ha destruido cien naves militares en la más vil y perversa emboscada que ser maligno alguno haya podido concebir... ¡Más de sesenta mil hombres muertos en unos minutos!

— ¡Cielo santo, no!

— Esas son las noticias que acabo de recibir... ¡Los muy canallas! ¡Pero no voy a tener piedad de ninguno! ¡Ha sido decretada la movilización general! ¡Los rebeldes serán aplastados hasta el último hombre y no quedará de ellos ni la semilla!

Laske abatió la cabeza y no replicó. No encontró palabras, en su profundo dolor, para expresar sus sentimientos.

Pero Frank tenía más cosas que decir.

— Escucha, Laske. Tienes que pronunciar un discurso desde ahí mismo. Será grabado y difundido a todo el mundo. Es preciso que los rebeldes depongan las armas inmediatamente. Sólo tú puedes evitar el derramamiento de sangre.

— Sí, Frank. Haré lo que sea preciso.

— Empieza a hablar. Hazlo como si te dirigieras a Brekke, Orgson y los demás. Queremos que escuchen tu palabra.

— Sí, sí...—Laske se puso en pie, situándose delante de la pantalla videofónica —: Oídme todos, hijos y hermanos míos. Me opongo terminantemente a la violencia. No es ése el camino que emprendí hace unos años. Yo quería el bienestar de la Humanidad, la justicia social y el reparto equitativo de posibilidades para todos, empezando por el tan necesario alimento que necesitan nuestros organismos.

»Ignoro qué nefasto designio ha guiado vuestras manos para empuñar las armas en contra de quien os ha devuelto la vida y el bienestar. Todavía no

hemos conseguido las grandes mejoras anheladas. ¿Qué locura es la vuestra?

»No es en la guerra donde conseguiréis el bienestar, sino en la paz y en el trabajo. Dios ha vuelto con vosotros. Él me ha guiado para que obtengáis paz y justicia.

»Y si os lo he dado, ¿por qué lucháis contra quien os ayuda? ¡Por favor, hijos y hermanos, deponed las armas, destruir esos instrumentos de exterminio y haced la paz! ¡Yo os lo pido en nombre Dios!

El discurso de Laske duró más de una hora. Hizo un repaso de los logros obtenidos desde que él obtuvo el favor de Frank Scheller. Habló de los cuantiosos medios empleados y de los adelantos realizados en la oxigenación atmosférica. Prometió alimentos y agua para toda la Humanidad, a un coste reducido, y aseguró que Frank Scheller se había comportado dignamente con todos y que eran individuos ambiciosos y equivocados, como el coronel Brekke Roon y el secretario Celly Orgson, los que actuaban inicuamente.

Laske terminó diciendo:

— Haced caso a la palabra del Papa Esteban XXVII, quien eleva preces al Cielo para que se detenga la contienda. La verdad está en Dios y en sus representantes. La verdad está en el amor y no en el odio... ¡En el nombre de todos, paz y amor!

* * *

Celly Orgson, desde Roma, donde gozaba de gran prestigio, lanzó un ataque con proyectiles teledirigidos contra Scheller City. Inesperadamente, surgían armas que ni siquiera los informes de Hans Rudder habían localizado

No había sido sólo la fábrica del Amazonia. En el propio subsuelo de Roma se habían fabricado proyectiles atómicos. Y en Raber se construyeron armas nuevas y extrañas, tales como los «hongos vitales», especie de setas que envenenaban totalmente el aire, haciéndolo irrespirable.

Las naves de transporte llevaban ahora hombres armados, bombas letales, cápsulas desintegradoras de energía, gases altamente tóxicos y granadas bacteriológicas.

Orgson estaba de acuerdo con Brekke. Habían fabricado todo aquello para asegurarse la supervivencia. Ninguno creyó que sería necesario emplearlo. Eran, a juicio suyo, armas disuasorias. Y se cuidaron muy bien de informar a Scheller y a sus consejeros del material que disponían, antes de arrojarse a la loca aventura de la guerra.

Por otra parte, Frank Scheller no quiso ni ver aquellos informes. Era la fuerza suprema. Había reunido al gobierno central y exigió la destrucción del ejército rebelde situado en Australia.

Hubo alguien, entre sus altos consejeros, que aconsejó la calma y sugirió un estudio completo de la situación. Ni Hans Rudder, que se sentía seguro de sí mismo, ni el propio Scheller, resentido y molesto porque se hubiesen opuesto a su autoridad, quisieron atender a razones.

Las consecuencias inmediatas costaron la vida a sesenta mil hombres.

Brekke Roon había sabido hacer bien las cosas.

Luego, le hecatombe desencadenada, furiosa y apocalíptica, se extendió por el mundo entero. De nada sirvieron los discursos de Laske ni las exhortaciones de Papa Esteban XXVII.

En Scheller City querían acabar cuanto antes con la sedición y arremetieron brutalmente, «manu militaris», contra los lugares considerados como baluartes de la rebelión, ignorando que el ahora llamado mariscal Brekke Roon había trasladado sus tropas a otros lugares, en una táctica de movilidad continua, y las represalias sólo cayeron sobre seres infelices.

El ataque a Scheller City fue, empero, caótico. En menos de una hora, la inmensa ciudad, orgullo de la humanidad del siglo XXX-IV, fue convertida en un montón de escombros y hierros retorcidos.

Orgson no tuvo piedad. Atacó duramente, confiando rendir en una sola oleada la intransigencia de Frank Scheller.

¡Aquello ocasionó la catástrofe final!

CAPÍTULO IX

En pocas semanas, el mundo se convirtió en un páramo inhabitable. No hubo vencedores ni vencidos, pues muy poca gente sobrevivió. Uno de los supervivientes, que no se podía llamar afortunado, fue Laske Kwoka.

Salió de «El Abismo» y embarcó en una nave espacial con destino a la Luna. Aterrizó en Nectaris y, desde allí, una pequeña escolta de soldados le condujo al refugio de Frank Scheller.

Ahora, el paradisiaco lugar de los Montes Altái estaba singularmente cambiado. Un cinturón de instalaciones militares rodeaba el monte. Naves, en hangares camuflados, esperaban la orden de lanzarse al espacio, en señal de ataque.

Se sabía que varias flotillas rebeldes navegaban por el espacio, causando estragos en las colonias e instalaciones terrestres.

Pero todo aquello lo ignoraba Laske, mientras era conducido a presencia de Frank Scheller, quien parecía haber cambiado mucho en tan poco tiempo.

Frank recibió a Laske en su despacho. Estaba solo aunque en una sala contigua se hallaba Lay Brassov, atendiendo a los asuntos más importantes.

Por todas partes había visto tropas armadas, tanto dentro como fuera de la casa. Laske no salía de su asombro; porque ignoraba el alcance de las operaciones realizadas.

Frank no se molestó en levantarse al entrar Laske. Ignoró también la mano que el otro le tenía.

— Siéntate, Laske. Esto es lo que me ha quedado de cuanto tenía.

— ¿Esto? No te entiendo... ¿Qué quieres decir?

— ¿No estás informado? — preguntó el archibillonario.

— Bueno, sé que se ha luchado...

— ¿Luchado? ¡Nuestro planeta ha sido casi arrasado! En medio del caos y de la hecatombe, sólo tú pareces no haberte enterado... ¡Y siendo el responsable de todo, no puedo culparte de nada! ¡Esto sí que es grotesco! ¿Sabes que Blangy ha muerto?

Laske sintió como si un cuchillo le atravesara el corazón.

— ¿Muerta?

— Sí. Muchos millones de seres han caído con ella. Se calcula que no llegamos a cien mil personas las que hemos sobrevivido.

— ¡Oh, Dios, no...!

— Sí. Tú tenías razón... ¡Ha sido la Era Final!

— ¡Es espantoso, espantoso!

— Orgson ordenó la destrucción de Scheller City. Y lo hizo de un modo sistemático, fulminante. Sólo yo puede escapar, en el último segundo, utilizando el translador energitrónico... Bueno, yo y Lay Brassov. Creo que nadie más se salvó en la ciudad.

— ¿Y Eva?

— Ella no estaba allí. Pude sacarla a tiempo, trasladándola a una

residencia orbital.

— ¡Gracias a Dios!

— Pero Blangy no tuvo esa suerte — siguió diciendo Frank, con voz hueca y amarga.

— Mi corazón sangra ante eso, Frank.

— ¡Y el mío! ¿Qué objetivo tiene ahora mi vida? ¡Sólo quiero la cabeza de Brekke Roon! Sé que vive y que está en alguna parte del ancho espacio. Y quiero aplastarle.

— ¿Para qué, Frank? ¿Para saciar tu ansia de venganza? ¿Es que no te das cuenta de que detrás de todo esto hay algo infinitamente más poderoso que nosotros?

—¡Yo no comparto tus creencias, Laske! ¡Me gustaría tener la fuerza moral suficiente para poderte aplastar, a ti antes que nadie!

Diciendo esto, Frank dio un fuerte golpe sobre la mesa de cristal, como si quisiera romperla—. ¡En ti empezó todo! ¿Qué necesidad tenía yo de haber sufrido lo que estoy sufriendo? ¿Por qué tenía que facilitarte los medios de mi ruina y de esa inmensa matanza?

— Si lo que pretendes es mi réplica para conseguir esa fuerza moral que anhelas y de este modo poder ordenar mi muerte, voy a complacerte, Frank. Pero te la daré con argumentos que no podrás negar.

»En este mismo lugar, pronto hará tres años, me diste la mitad de tu poder a cambio de lo que yo más quería. Era un alto precio el que pagué. Y te di algo muy valioso para ti... ¡Algo que no habías podido conseguir con tu inmensa fortuna!

— ¡Te pude quitar a Blangy y no darte nada a cambio! — gritó Frank.

— Jamás la habrías obtenido de ese modo — contestó Laske serenamente.

— ¡Puedo aplastarte ahora y lo mismo pude hacer entonces! ¡Nadie, en aquellos momentos, podía oponerse a mis deseos!

— Te equivocas, Frank. Hablas en hipótesis. En aquellos momentos podíamos oponernos Blangy y yo.

Frank estuvo a punto de echarse a reír.

— Sí. Mi fuerza moral no la podías doblegar tú ni nadie. Vine porque me llamaste. Me necesitabas. Te traje a Blangy y te aseguré que iba a darte hijos. Te los dio. En cambio, tú no has sabido conservarla.

»Has dejado que la maten, sin querer ver, inmerso en tu soberano egoísmo, que ella valía muchísimo más que tú, puesto que estaba purificada por la fe.

»Dios te probó así. Te la concedió. Tú podías hacerla madre; y yo no. Y la hiciste, aunque no a tu gusto, sino al gusto del qué puede infinitamente más que tú.

»Te hablo de lo que no entiendes. Nunca has querido saber que por encima del poder humano está el poder divino, cuyos designios son incomprensibles para nosotros. Y mientras que tú actúas a impulsos de tu capricho, Dios hace las cosas con motivos muy poderosos.

»Esta guerra y su secuela de muertes es el fruto de tu egoísmo. Por egoísmo me diste la mitad de tu poder, para decir al mundo que eras magnánimo, cosa que nadie podía creer, y menos los que te conocían bien, como Patty, Orgson y Brekke Roon.

»Hans Rudder también te conocía y estaba seguro de poder conducirte a donde quisiera. ¿Qué podía perder, si se encontraba ya en el ocaso de su existencia, tratando, por todos los medios, de seguir aferrado a su envidiable puesto?

»Brekke y Orgson me dijeron la verdad. Ellos no querían la guerra. Sólo ansiaban hacerte ver la verdad. La táctica empleada durante el tiempo que duró su influencia sobre ti sólo había servido para arruinar a media humanidad en beneficio único y exclusivo de ellos, y no de ti.

Todo el poder lo detentaban tus altos consejeros. El gobierno hacía lo que tú querías. Buenos consejeros habrían sido los que se hubiesen dado cuenta de que Brekke y Orgson no estaban bromeando. Por lo tanto, han demostrado su total incapacidad para evitar lo ocurrido.

»Y lo deplorable es que esto se demuestra, a veces, cuando ya no tiene remedio. ¿Qué les ha ocurrido? ¿Han muerto?

— Sí.

— Y con ellos se ha ido la mayor parte de la Humanidad. Mi profecía, por tanto, se ha cumplido.

— ¡Pero Brekke Roon no cantará su victoria! —exclamó Frank —. ¡Lo aplastaré allí donde lo encuentre!

— Empiezo a entender, Frank — dijo Laske —. Ya sé por qué me has llamado. Ahora estás solo y necesitas el consejo de alguien. Sabes que yo no soy culpable de lo ocurrido. Que si alguien tiene culpa, eres tú, que me diste el poder que ellos utilizaron contra ti.

»Y sin Rudder, Salwick, Ulker, Funker y los demás, ¿qué puedes hacer tú?

Frank no respondió. Sabía que Laske estaba en lo cierto. Ya no se fiaba ni de sus altos jefes militares. La ruina en que habían sumido a la Tierra era una alta muestra de su incapacidad estratégica. El resultado final podía ser otro ataque de las naves de Brekke Roon y su propia muerte.

— Escucha, Laske — habló Frank al fin—. Voy a confesarte que estoy aturdido y confuso. Yo no esperaba esto. Tienes razón al decir que estaba demasiado engreído de mi propio poder y que debí escuchar a Orgson y Brekke. No lo hice, porque creí un deber escuchar a los que estaban conmigo y antes habían estado con mi padre. También tienes razón al decir que no eran buenos consejeros, porque fracasaron en la prueba difícil.

»Pero ¿podía yo, en conciencia, hacer otra cosa? ¿No hubiera sido un desatino escuchar a los sediciosos?

— Desatino es lo que hiciste. Tu deber era escuchar a las dos partes.

— Si lo hago, habría hecho caso a Rudder. Y eso hice.

— Justamente. Eso hiciste. ¿De qué te lamentas ahora?

— No me lamento, Laske.

— Entonces, ¿qué?

— Podría preguntarte: ¿qué quieres que haga, Laske? Y sé que tú me dirías lo que en conciencia crees. Pero ya sé esa respuesta. ¡No quiero perdonar! Yo era sincero y honrado cuando te di los medios para arreglar el mundo. Confié en ti. Sabía que lucharías para hacer lo que hiciste, y que estarías dispuesto a volver a empezar.

— Sí. Estamos en la Era Final, pero el fin aún no ha llegado.

— Exacto, Laske — admitió Frank—. Yo no sé si sabré reconstruir el mundo. Pero tú sí puedes. Y te he llamado para darte el poder que ostento, a cambio de...

— ¿De qué, Frank? ¿Por qué te detienes?

— Tú no eres amante de la violencia. Pero tienes medios, sin recurrir a la violencia, para conseguir lo que te propones. Bien, Laske; ésta es mi proposición: yo me retiro. Te entrego todo lo que me ha quedado, el mando del ejército y la posible restauración del mundo...

— ¿A cambio de qué?

— De la vida de Brekke Roon.

— ¡Vaya! ¿Quieres que le busque y te lo entregue?

— Sí, eso es lo que quiero.

— Eso es imposible.

— ¡Para ti no hay nada imposible!

Laske guardó silencio unos instantes, durante los cuales observó detenidamente a Frank, preguntándose lo que había detrás de su frente calenturienta. Desde luego, ávidos deseos de venganza. Esto era innegable.

— Brekke ha ido demasiado lejos, al igual que tú, Frank — habló Laske —. No me vas a dar nada, porque no es ésa tu intención. Estás dispuesto a mentir, a faltar a tu palabra, a ser traidor y vil, con tal de aplastar a tu adversario.

»Ni siquiera te importa que, en una última confrontación armada, la Humanidad desaparezca totalmente. Es soberbia lo que te induce ahora. Ni siquiera creo que te importe la vida de tu hija, ni la semilla fecunda que alienta en ella y que podría salvar a la humanidad de la desaparición total.

»Brekke Roon es lo que quieres. Y, sin embargo, yo creo que él se sacrificaría gustosamente con tal de salvar lo que queda de nuestra raza.

— ¡Hazlo, Laske! ¡Ve a buscarle; te daré los medios que necesites! ¡Tráemelo aquí y luego iré a rezar a la montaña más alta y hacer lo que tú hacías! ¡Te lo dejaré todo! ¡Los hombres te seguirán! ¡El planeta está destruido, pero se podrá reconstruir algún día!, ¡Tráeme a Brekke!

— Su vida es preciosa ya. ¿Para qué matarlo? Desde luego, es posible que lo encuentre y que le convenza, pero no se sacrificará para satisfacer tu venganza personal. Si fuese por la salvación del resto de la Humanidad...

— ¡Dile que será por eso, Laske Kwoka!

— No. Si encuentro a Brekke, le diré la verdad. Y que él decida. Voy a prestarme a ser tu intermediario. Creo poder hacer algo aún. Pero no acepto

condiciones de nadie. He hablado contigo. Hablaré con él, si puedo. Y luego os propondré a ambos la solución mejor en beneficio de todos. ¿Te conviene?

Frank Schller entornó los ojos. Luego, débilmente, asintió:

— Está bien. Te daré una supernave y esperaré aquí tu regreso.

— ¿Tienes idea de dónde puede estar ahora Brekke?

— Sus astronaves se refugian en el cinturón de asteroides. No es fácil localizarlas, a pesar de que lo hemos intentado. Pero a ti puede serte fácil, si envías un mensaje pidiendo hablar con él para negociaciones.

— De acuerdo. Quiero ir en una nave desarmada.

* * *

Laske Kwoka emprendió el viaje ignorando que, oculto en la astronave iba el propio Frank Scheller y que de su cintura pendía el único desintegrador fotónico de a bordo.

Laske fue cuidadoso, por temer alguna artimaña del otro, pero no pensó que nadie pudiera ocultarse en un tanque de oxígeno previamente arreglado. En realidad, sólo el comandante de la nave sabía que Frank Scheller se encontraba a bordo. Y como obedecía órdenes estrictas, se guardó muy bien de decírselo a Laske.

Desde la Luna, realizando un vuelo orbital por el hiperespacio, el viaje hasta el mundo más cercano del cinturón de asteroides podía hacerse en una semana o quizá menos.

Nada más partir, las antenas de alta frecuencia empezaron a emitir un mensaje continuado, dirigido al mariscal Brekke Roon.

Laske permaneció encerrado en su cabina todo aquel tiempo, reflexionando. Desde luego, la guerra había sido rápida y devastadora. Y su sorpresa había sido grande, al salir de «El Abismo» y enterarse del final.

Lamentó la desaparición de Blangy, pero tenía la certeza de que Eva Scheller poseía aquel precioso don natural de su madre que, en su día, sería posible reavivar la raza humana, aunque fuese a través de mutaciones sucesivas y naturales.

La historia de los hombres había terminado. Él lo sabía ya a ciencia cierta. Que vivieran cien mil todavía no significaba nada. Esto no había hecho más que reducir bruscamente el período de la Era Final.

Ninguno de los supervivientes podía perpetuarse, a excepción de Eva, y Laske lo sabía porque su misticismo había profundizado en los arcanos del futuro. Su ser interior, aquel incomprensible espíritu que albergaba su alma, se lo comunicó mientras duró su encierro y mientras en el exterior se desarrollaban los terribles acontecimientos de la hecatombe.

Laske era ya un verdadero profeta... ¡El instrumento del destino para conducir a la humanidad a su histórico desenlace!

A los seis días de singladura espacial, el mensaje continuado obtuvo contestación. El comandante de la nave se apresuró a comunicárselo a Laske.

— Tenemos respuesta del mariscal Brekke Roon, señor Laske Kwoka.

—¿Sí? ¿Cuál es?

— Se nos ordena situarnos en orbitación natural. Ellos nos reconocerán y nos abordarán cuando lo crean oportuno.

— De acuerdo. Dígale a Brekke que tengo prisa.

— Sí, señor.

Seis horas después, una nave plateada se acercó a la mensajera. Luego, pequeñas naves de combate rodearon el espacio, situándose estratégicamente, y una de ellas pidió permiso para penetrar en el hangar auxiliar.

Una vez allí, un oficial requirió a Laske, para ser conducido a donde aguardaba el mariscal Roon.

Aunque esto no convenía a los planes del todavía oculto Frank Scheller, la orden que dio al comandante de la nave fue la de aceptar. Y sin saber lo que se tramaba, Laske pasó a la nave auxiliar de la flota de Brekke Roon, para dirigirse al lugar donde le esperaba el que había sido coronel de su escolta.

Efectivamente, en otra gran nave militar, situada a gran distancia de aquel lugar, Brekke recibió a Laske, saludándole militarmente y poniéndose a sus órdenes.

— Hola, Brekke — dijo Laske, estrechando la mano de su subordinado—. Has echado sobre tu conciencia un gran peso.

— Asumiré esa responsabilidad. Dije a Scheller que le pusiera a usted en libertad y pactaríamos. No quiso ni escucharnos. Quería nuestro exterminio y las consecuencias las hemos pagado todos.

— Me envía Frank Scheller. Tiene que hacerte una proposición.

— Usted dirá, Laske. Yo haré lo que usted me mande.

EPÍLOGO

Laske no averiguaría jamás cómo logró Frank Scheller llegar hasta donde él conferenciaba con Brekke Roon. Supuso, sin embargo, que de algún modo u otro, entre él y el comandante de la nave mensajera, lograron sobornar a alguien de las naves de patrulla, y en una de éstas, tal vez pagada a un altísimo precio, Scheller llegó a su destino.

Allí, disfrazado con el uniforme de los soldados de Brekke, Frank Scheller alcanzó su objetivo secreto.

Y todo sucedió en un instante.

La puerta de la cámara se abrió. El arma fotónica que empuñaba Scheller emitió un chasquido. El potente rayo de luz alcanzó a Brekke en la cabeza y le fulminó en el acto.

Laske se volvió, atónito. Apenas si tuvo tiempo de ver a la guardia del caudillo asesinado vomitar un torrente de fuego sobre el agresor, cuyo cuerpo desapareció en una humareda chisporroteante, convirtiendo el piso de acero en una mancha rojinegra, siniestra y pavorosa.

Laske tardaría en reaccionar.

Fue conducido a presencia de un Consejo de Guerra, donde fue acusado de complicidad con el agresor, cosa que él negó rotundamente. Explicó lo que había hablado con Brekke y terminó pidiendo ser ejecutado, por considerarse culpable de todo lo ocurrido.

Por suerte, entre aquellos hombres había uno que le conocía y que perteneció a la primera escolta mandada por Brekke. Aquel individuo, ahora general y llamado Serno, consideraba a Laske como jefe de la Humanidad libre. Él fue quien dijo a sus compañeros:

— El señor Laske Kwoka ha actuado siempre dignamente. Encarcelado por Frank Scheller y los dictadores de su trust, ha sido puesto en libertad para venir aquí con un mensaje para nuestro admirado jefe. Pero puedo aseguraros que el mariscal Brekke Roon admiraba al señor Kwoka, y prueba es que aceptó recibirle para ponerse a sus órdenes.

»Ha sido Scheller el que ha utilizado al señor Kwoka para cometer su venganza repulsiva. ¿Hemos de castigar a un inocente, a un santo, o somos como todos los seguidores del tirano?

— Gracias, Serno — repuso Laske —. En nombre de la verdad, gracias por tu defensa. Sin embargo, estoy muy afligido y no quiero seguir viviendo. He sido el causante de la gran tragedia y mi deber es morir, juntamente con tantos inocentes que tuvieron fe en mí.

— No podemos aceptar tu muerte, Laske — habló otro jefe—. Creemos que muerto Scheller, la guerra ha terminado. Debes volver y decírselo a nuestros semejantes. Estamos dispuestos a deponer las armas, si el enemigo las deja también.

»No hemos quedado muchos, pero entre ellos y nosotros podemos hacer algo para que el mundo resurja de sus cenizas.

— Nadie puede resucitar a una raza condenada — contestó Laske—. El daño está hecho ya. Sin embargo, volveré a Nectaris y convenceré a los jefes militares de Scheller para que termine la guerra. Ya es inútil proseguir.

»Es posible que, después de lo ocurrido, se pueda salvar algo de nuestra cultura, en beneficio de los que, tal vez, cuando hayamos desaparecido todos nosotros, vengan a relevarnos.

»Por favor, regresemos a la Tierra.

* * *

Eva era una especie de muñeca rubia y de ojos verdes, cuyas facciones recordaban mucho a las de su difunta madre. También se descubría en ella una inteligencia extraordinaria, dada la poca edad que tenía, pues aún no había cumplido los tres años. Sin embargo, hablaba ya perfectamente, y decía cosas que dejaban a Laske muy perplejo.

Era evidente que Eva no formaba parte de la humanidad anterior, sino que era el resultado del primer designio divino.

La niña no estaba sola en el refugio orbital, donde la había hecho llevar su padre. La acompañaban varias mujeres de servicio, y todas ellas coincidían en que la niña era una criatura extraordinaria.

Laske penetró en la sala donde se hallaba Eva y, efectivamente, comprendió que el milagro se había producido.

— Hola, Laske. Te esperaba. Me traes noticias de la muerte de mi padre, ¿verdad?

— ¿Quién te ha dicho...?

— Nadie. Pero sé que ha sido así. Lo presentí del mismo modo que sucedió con la muerte de mamá.

— ¡Chiquilla, si sólo tienes tres años! A esa edad, los niños hablan con torpeza, no piensan.

— ¿Estás seguro de que sólo tengo tres años, Laske? Yo creo tener muchos más. —La niña tomó a Laske de la mano y lo llevó hasta una butaca semicircular, de la que retiró varias preciosas muñecas de material sintético, pero que imitaban en todo a la propia carne—. Fuera de aquí todas. Ahora tengo que hablar con Laske.

Él estaba cada vez más admirado. Sabía, por Blangy, que su hija Eva era extraordinaria, pero no creyó que pudiera serlo tanto.

— Tu padre está en el cielo.

— No, Laske. Papá ha muerto y es el causante de la guerra que ha asolado al mundo y mató a mamá. Él sólo se preocupó de sí mismo...

— ¡No debes decir eso de tu padre, Eva!

— Digo la verdad. Pensó antes en sí mismo que en mamá. Y sé que ha muerto víctima de su propio rencor. Pero no te aflijas. A mí no me apena eso. Ha muerto porque tenía que morir. Tú vives porque tienes que enseñarme muchas cosas.

— ¡Bendito sea el Cielo! —exclamó Laske, aturdido—. Eres una niña

demasiado precoz... ¿Qué clase de criatura eres?

— Lo que mamá quería que yo fuese. Ella me decía, mientras me arrullaba en sus brazos, siendo yo pequeñita, que con el tiempo sería una mujer alta y bonita y que un hombre me querría mucho. Que yo sería como mamá y tendría muchos hijos. Y que mis hijos, a su vez, tendrían también muchos hijos. Y que mientras que nosotros nos hacíamos grandes y numerosos, todos los demás, excepto tú, irían desapareciendo.

— ¿Excepto yo? — exclamó Laske, asombrado.

— Sí. Me dijo que tú serías el último de tu raza en desaparecer... Que tú les cerrarías los ojos a todos, porque un señor muy poderoso y muy bueno, así lo quería.

— ¡Dios mío! ¿Eso te dijo tu madre? ¿Cómo es posible?

— Sí, me lo decía al oído, mientras yo dormía en sus brazos.

— ¿Estabas dormida, Eva?

— No lo sé... Eso es lo que no comprendo... Si estaba dormida, no podía escuchar a mamá.

— ¿Cuándo te dijo eso Blangy?

Eva pareció dudar.

— Bueno. No lo sé... ¿Estás pensando que me lo dijo después de haber muerto?

— ¡No me atrevo a pensar tal cosa! — replicó Laske.

— ¿Y por qué no puede ser? Mamá se ha ido, pero es tan buena que ese señor poderoso y bondadoso la ha dejado volver para hablarme en sueños... Sí, eso me parece más razonable.

— ¡Eres sorprendente, Eva! —exclamó Laske, aturdido.

— Eso dicen las ayas. Se pasan el día lanzando exclamaciones cada vez que me oyen hablar.

— Y tienen razón, Eva. Las niñas que ellas conocen no son como tú.

— ¡Pobres niñas! Ya sé cómo son. Lo he leído en las historias que salen en la pantalla.

— ¿Sabes leer?

— Sí. Mi mamá sabía. ¿Por qué no he de saber yo?

— ¡Porque... porque tú no has aprendido!

— ¡Oh, qué tonto, Laske; yo nací sabiendo leer! Es muy fácil... Y leo cuatro idiomas distintos. Los mismos que sabía mamá.

Laske atrajo hacia sí a la niña, besándole los cabellos.

— ¡Él te envía, Eva! ¿Sabes que la primera mujer de la Humanidad también se llamó Eva?

— Sí. Por eso mamá me puso ese nombre al nacer. Seres como tú y como papá han vivido muchísimos años en el mundo. No sé por qué se han ido extinguiendo todos. Hace tiempo que las madres no tenían hijos y muchos de los que nacían morían al poco tiempo, como le pasó a mi hermanito Frank.

»Pero sé que mis hijos no morirán y serán fuertes y sanos, lo mismo que los hijos de mis hijos. Yo seré una gran abuela, Laske, con cientos de nietos y

biznietos... ¡Qué divertido!

— Es una cosa muy seria, Eva. Dios te ha tocado con su gracia.

— ¿Dios es ese señor tan bueno que deja venir a mamá a verme mientras duermo?

— Sí, Eva.

— Le daré las gracias con una oración.

— Eso es lo que debes hacer siempre y no ofenderle jamás.

— No le ofenderé jamás, Laske.

— ¿Estás segura?

— Sí. Me lo dijo mamá.

— ¿Qué te dijo?

— Que nadie nacerá jamás para ofender al Señor. La semilla del mal quedará extinguida desde ahora... Esto que ocurre, Laske, me parece que es como un relevo. Unos se van y otros vienen. Yo he visto el universo desde el observador y he visto muchas estrellas. Sé que serán nuestras cuando pasen los siglos, porque nosotros viviremos eternamente.

»En cada uno de los que nazcan revivirá un ser bueno que haya existido anteriormente. Por eso, alguna vez, mamá y papá, si han sido buenos, volverán a vivir. Pero habrán pasado tantos siglos que ya no se acordarán de su anterior existencia. Serán otros, con su misma alma. Eso es muy bonito, Laske. ¿Verdad que parece un cuento de hadas?

— Sí, preciosa. Sería maravilloso que alguna vez pudiéramos volver a la vida y contemplar lo que han hecho nuestros descendientes en los mundos que todavía faltan por descubrir... ¡Sería extraordinariamente maravilloso!

«Ahora, Eva, nos iremos a la Luna. Allí viviremos hasta que seas grande. Tienes que aprender aún muchas cosas que debes enseñar luego a tus hijos. Por suerte, Dios ha permitido que el relevo se haga con sus divinas leyes y no con las nuestras. Pero han sobrevivido bastantes hombres sabios para que nuestra cultura o lo bueno que hay en ella, no se pierda para vosotros.

* * *

Laske Kwoka habría de vivir aún dos mil doscientos años. Le dieron el sobrenombre de Matusalén Segundo.

Fue testigo de la resurrección de un planeta que los hombres y mujeres de la nueva raza humana reconquistaron para mayor gloria de Dios. Vio, desde el principio, crecer a Eva, cuando ya en la Tierra se había apagado el odio y los supervivientes de la raza anterior conocían su destino y lo aceptaban con resignación, maravillados del milagro que representaba para ellos ver nacer niños que sabían hablar varios idiomas, que se transmitían el pensamiento y cuyo cerebro poseía una capacidad muy superior a la normal.

Aún nacieron niños antiguos, hijos de padres y madres de la «otra» raza. Pero de éstos, mezclados con Eva y sus hijos, nacieron los nuevos.

Se le llamó mutación natural. Laske, que envejecía muy lentamente, le llamaba de otro modo, al alzar su ofrenda divina a Dios:

— Gracias por tu misericordia, Señor. A Ti te lo debemos todo. Haz de nosotros lo que juzgues adecuado a tu sagrado designio, porque tu pueblo elegido ha aprendido ya la verdad que hay en tu reino celestial.

Laske se había convertido en un ser sagrado al que respetaban todos, tanto los hijos de Eva como sus semejantes y los hijos de éstos.

Era su verdad la que iban a escuchar al templo que se alzó de nuevo en la Ciudad Eterna, donde sólo una luz potente e inagotable simbolizaba la Esencia Divina.

Allí acudía Laske todos los días. Allí rezaba por las almas de cuantos seres había conocido, tratado o cuya existencia descubría en los viejos libros.

Y, mientras, a su alrededor, la Humanidad iba creciendo paulatinamente. Él celebró el matrimonio de Eva con un muchacho robusto, antiguo, llamado Arni Rand, hijo de un viejo colaborador de Laske en la distribución de alimentos en África.

Arni Rand dio a Eva seis hijos, tres varones y tres hembras. Y todos, sin excepción, fueron mutantes. Arni murió a los siete años de casado. Y Eva se casó con otro hombre, llamado Breker, que le dio cuatro hijos más.

Éste fue el principio de una cadena que ya no se interrumpiría jamás durante millones y millones de siglos. Un principio insignificante, sencillo, humano, puro. Había amor en aquellos corazones. Todos querían una humanidad mejor, y todos contribuyeron, con su esfuerzo a lograrla.

Pronto se vio la gran diferencia que había entre un ser mutante, hijo de Eva, y un ser antiguo. Las ciencias habían dado un salto gigantesco, con el concurso de la propia Eva, la cual ayudó a crear el primer motor espacial de propulsión iónica y velocidad hiperlumínica.

Un regenerador de agua, también creado por Eva Scheller, permitió llenar vastas cavidades lunares y terrestres, creándose nuevos mares y lagos. La meteorología fue dominada también, por vez primera. Se eliminaron los vientos, las mareas, los seísmos, se creó el clima primaveral lógico y la agricultura se reprodujo por medios «artificiales» que luego resultaron ser ciclos naturales de crecimiento.

Después de Eva, sus hijos ayudaron también extraordinariamente a crear la red viaria magnética más asombrosa que conociera la Humanidad. Laske fue invitado a inaugurar el primer tramo de circunvalación terrestre de superficie.

Sobre una estrecha pista metálica de adherencia magnética, se situaba un vehículo con ruedas de acero, lisas, que no sufrían desgaste. El impulsor magnético, situado en el propio vehículo, lanzaba a este a una velocidad de cinco mil kilómetros por hora. Lo importante de aquel sistema era su seguridad electrónica. La fuerza magnética que desarrollaba el vehículo en marcha desalojaba de la vía cualquier objeto que pudiera provocar una catástrofe, y si eran varios los vehículos puestos en circulación, regulaba los márgenes de seguridad.

Se hizo segura la navegación espacial. Se ampliaron los medios de

comunicación hasta lo inconcebible, descubriéndose secretos ignorados en la energitronía y la energionía, bases ambas de la teleportación de materia por medios energéticos.

Ya no se construyeron ciudades mastodónticas, como antes. Se dio privilegio a la vivienda privada, aislada, situada junto a vías de comunicación rápida, rodeadas de árboles y jardines de ensueño que producían flores todo el año.

Se eliminó la noche por medio de grandes pantallas parabólicas de reflexión solar. Y se descubrió que esta continua inmersión en luz daba más vida a animales y plantas.

La civilización empezó a avanzar muchísimo más de lo que hiciera hasta el siglo XXX-IV

Sin embargo, mientras que iba en aumento la nueva raza, la antigua disminuía, lenta pero inexorablemente. Los primeros cien mil seres que sobrevivieron a la última conflagración aumentaron en quince mil en veinticinco años, pero murieron cuarenta mil en el mismo período de tiempo.

Después se hizo una estadística y se estudiaba a todo recién nacido en sus primeros balbuceos. Si era hijo de mutante y daba indicios de memoria privilegiada, se le clasificaba de un modo. Si era hijo de seres antiguos o descendiente natural de éstos y no daba indicios de mente privilegiada, se le clasificaba de otro.

Sé vivía en libre mezcla y se permitían matrimonios mixtos, de una raza y otra, como si no existiera — y de hecho no existía — separación de razas. Los mutantes vivían mucho más. Los no mutantes morían antes. Pero todos contribuían a que, paulatinamente, una raza se extinguiera y otra empezase a ser pujante, fecunda, fuerte y dinámica.

De todos aquellos cambios fue testigo Laske Kwoka, Sumo Sacerdote de Dios en Roma, donde impartía la bendición a los recién nacidos y despedía a los moribundos, dándoles aliento y pureza a todos con sus palabras llenas de bondad.

Un día, ciento veinte años después de su nacimiento, la abuela Eva Scheller acudió a él para despedirse. Su mente le indicó la proximidad del fin.

— Vengo a despedirme de ti, Laske. Me llegó la hora.

— ¡Loado sea Dios, cómo pasa el tiempo, Eva! ¿Estás segura?

— ¿No voy a estarlo? — replicó la anciana, sonriendo por boca y ojos. Éstos conservaban el brillo de su juventud, y su boca tenía toda la dentadura de sus primeros años —. Todo nace y todo muere. Es axioma. Ahora, mi espíritu se reunirá con Él y con mamá. Te esperaré, Laske. Luego estaremos todos juntos.

— Sí. Aún pasarán bastantes siglos, pero el tiempo no cuenta para mí. No le digas nada a Blangy, porque ella sabe todo lo que pienso. Muere en santa paz, Eva. Has cumplido dignamente.

— Gracias, Laske. Tú también. No dejas hijos, ni semilla humana, porque no perteneces a nuestro mundo. Tú siempre has sido un santo. Pero, gracias a

ti, mis hijos, nietos, biznietos y tataranietos gozan de un mundo maravilloso y justo.

— Gracias a Él, Eva. ¿Y tus exequias?

— Sencillas. No quiero llantos, sino aleluyas. Así lo he dispuesto y así debe ser.

Laske tomó la mano de la anciana Eva. El calor de ambos se transmitió. Fueron juntos hasta la luz del altar y allí rezaron, recordando ambos tiempos ya idos, el pasado, el ayer.

— No habrá sobresaltos jamás.

— Ni angustias.

— Ni luchas, ni odios, ni violencias.

— Vivirán dichosos y en paz.

— Será el trabajo y la dignidad, para mayor gloria de Dios.

— La Palabra Divina será llevada a los confines del universo.

— Nuestra raza no terminará nunca.

— Regresarán nuestros amados padres con el alma purificada.

— La tierra será siempre fértil.

— Y el agua pura.

— Y la brisa suave.

— No habrá pesares, ni dolencias...

— ¡Así lo quiso el Señor!

— ¡Gracias, Dios mío!

Eva murió al día siguiente, rodeada de sus seres queridos. Fue conducida a un cementerio precioso, poblado de árboles, en el que sólo había cruces blancas y donde figuraba el nombre del que yacía debajo: Un nombre y dos fechas.

Unas pertenecían a la Vieja Era. Otras decían, como en la de Eva:

«Eva Scheller, año Uno-año 120 Era Eterna.»

Laske Kwoka rezó en vida sobre aquella tumba, sin tristeza. Pidió a Dios protección para la que se había ido y para los que quedaban. Estaba seguro de ser escuchado.

El «Santo» siempre lo obtenía todo... ¡Incluso cuando una joven madre, llorando desgarradoramente, le pidió que su hijo fuese mutante, porque era la mayor ilusión de su vida!

Laske sabía que el hijo de aquella joven no podía ser lo que su madre anhelaba. Pero el Cielo le concedió aquella gracia.

Laske Kwoka vivió dos mil doscientos años...

FIN